IMPRIMIR

DON JUAN TENORIO JOSÉ ZORRILLA Y MORAL

Espacio Disponible

Editado por el**aleph**.com

© 1999 – Copyrigth www.el**aleph.**com Todos los Derechos Reservados

donde los libros son gratis

Parte primera

Acto primero

Libertinaje y escándalo

Hostería de Cristófano Buttarelli.-Puerta en el fondo que da a la calle: mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar

Escena primera

DON JUAN, con antifaz, sentado a una mesa escribiendo; BUTTARELLI Y CIUTTI, a un lado esperando. Al levantarse el telón, se ven pasar por la puerta del fondo Máscaras, Estudiantes y Pueblo con hachones, músicas, etc.

JUAN. ¡Cuál gritan esos malditos!

Pero, ¡mal rayo me parta

si en concluyendo la carta

no pagan caros sus gritos!

(Sigue escribiendo.)

BUTT. (A CIUTTI)

Buen carnaval.

CIUT. (A BUTTARELLI.)

Buen agosto

para rellenar la arquilla.

5

3

10

BUTT. ¡Quia! Corre ahora por Sevilla

poco gusto y mucho mosto.

Ni caen aquí buenos peces,

que son cosas mal miradas

por gentes acomodadas

y atropelladas a veces.

CIUT. Pero hoy...

BUTT. Hoy no entra en la cuenta,

Ciutti: se ha hecho buen trabajo.

CIUT. ¡Chist! Habla un poco más bajo, 15

que mi señor se impacienta

pronto.

BUTT. ¿A su servicio estás?

CIUT. Ya ha un año.

BUTT. ¿Y qué tal te sale?

CIUT. No hay prior que se me iguale;

tengo cuanto quiero y más.

Tiempo libre, bolsa llena,

buenas mozas y buen vino.

BUTT. ¡Cuerpo de tal, qué destino!

CIUT. (Señalando a DON JUAN.)

Y todo ello a costa ajena.

BUTT. ¿Rico, eh?

CIUT. Varea la plata. 25

BUTT. ¿Franco?

CIUT. Como un estudiante.

BUTT. ¿Y noble?

CIUT. Como un infante.

BUTT. ¿Y bravo?

CIUT. Como un pirata.

BUTT. ¿Español?

CIUT. Creo que sí.

BUTT. ¿Su nombre?

CIUT. Lo ignoro en suma. 30

BUTT. ¡Bribón! ¿Y dónde va?

CIUT. Aquí.

BUTT. Largo plumea.

CIUT. Es gran pluma.

BUTT. ¿Y a quién mil diablos escribe tan cuidadoso y prolijo?

CIUT. A su padre.

BUTT. ¡Vaya un hijo! 35

5

CIUT. Para el tiempo en que se vive,

CIUT.

es un hombre extraordinario. Mas silencio. JUAN. (Cerrando la carta.) Firmo y plego. ¿Ciutti? CIUT. ¿Señor? Este pliego JUAN. irá dentro del orario 40 en que reza doña Inés a sus manos a parar. CIUT. ¿Hay respuesta que aguardar? JUAN. De el diablo con guardapiés que la asiste, de su dueña, 45 que mis intenciones sabe, recogerás una llave, una hora y una seña: y más ligero que el viento aquí otra vez. Bien está.

50

(Vase.)

Escena II

DON JUAN, BUTTARELLI

JUAN. Cristófano, vieni quá

BUTT. Eccellenza!

JUAN. Senti.

BUTT. Sento.

Ma ho imparato il castigliano,

se è più facile al signor

la sua lingua...

JUAN. Sí, es mejor; 55

lascia dunque il tuo toscano,

y dime: ¿don Luis Mejía

ha venido hoy?

BUTT. Excelencia,

no está en Sevilla.

JUAN. ¿Su ausencia

dura en verdad todavía?

BUTT. Tal creo.

JUAN. ¿Y noticia alguna

no tienes de él?

¡Ah! Una historia BUTT. me viene ahora a la memoria que os podrá dar... JUAN. ¿Oportuna luz sobre el caso? BUTT. Tal vez. 65 JUAN. Habla, pues. BUTT. (Hablando consigo mismo.) No, no me engaño: esta noche cumple el año, lo había olvidado. JUAN. Pardiez! ¿Acabarás con tu cuento? Perdonad, señor: estaba BUTT. 70 recordando el hecho. **JUAN** ¡Acaba, vive Dios!, que me impaciento. BUTT. Pues es el caso señor, que el caballero Mejía por quien preguntáis, dio un día 75 en la ocurrencia peor

	que ocurrírsele podía.	
JUAN.	Suprime lo al hecho extraño;	
	que apostaron me es notorio	
	a quien haría en un año,	80
	con más fortuna, más daño,	
	Luis Mejía y Juan Tenorio.	
BUTT.	¿La historia sabéis?	
JUAN.	Entera;	
	por eso te he preguntado	
	por Mejía.	
BUTT.	¡Oh! Me pluguiera	85
	que la apuesta se cumpliera,	
	que pagan bien y al contado.	
JUAN.	¿Y no tienes confianza	
	en que don Luis a esta cita	
	acuda?	
BUTT.	¡Quia! Ni esperanza:	90
	el fin del plazo se avanza,	
	y estoy cierto que maldita	
	la memoria que ninguno	
	guarda de ello.	
JUAN.	Basta ya.	

Toma.

BUTT. ¡Excelencia! (Saluda profundamente.)

¿Y de alguno 95

de ellos sabéis vos?

JUAN. Quizá.

BUTT. ¿Vendrán, pues?

JUAN. Al menos uno;

mas por si acaso los dos

dirigen aquí sus huellas

el uno del otro en pos, 100

tus dos mejores botellas

prevénles.

BUTT. Mas...

JUAN. ¡Chito!... Adiós.

Escena III

BUTTARELLI

¡Santa Madonna! De vuelta

Mejía y Tenorio están

sin duda... y recogerán 105

los dos la palabra suelta.

www.el

w.el .com

donde

nde libros son gratis

¡Oh!, sí; ese hombre tiene traza

de saberlo a fondo, (

.) ¿Pero

qué es esto? *puerta.*)

,

¡Válgame Dios! ¡Qué bullicio!

¡Anda! ¡El forastero

chusma...; Y cómo la acoquina

¡Cuál corren delante de él!

115

110

los dos, y anda ya Sevilla

toda revuelta, ¡Miguel!

BUTTARELLI, MIGUEL

MIG.

BUTT. Presto,

servi una tavola,

120

e del più antico

due bottiglie.

MIG. Si,

signor padron.

BUTT. Micheletto,

apparecchia in carità

lo più ricco che si fa: 125

affrettati!

MIG. Già mi affretto,

signor padrone. (Vase.)

Escena V

BUTTARELLI, DON GONZALO

GONZ. Aquí es.

¿Patrón?

BUTT. ¿Qué se ofrece?

GONZ. Quiero

hablar con el hostelero.

BUTT. Con él habláis; decid, pues. 130

GONZ. ¿Sois vos?

BUTT. Sí; mas despachad,

que estoy de priesa.

GONZ. En tal caso,

www.el

Don Juan

.com

donde

libros son gratis

ved si es cabal y de paso

esa dobla, y contestad.

Oh, excelencia!

GONZ. 135

a don

BUTT. Sí.

GONZ.

hoy una cita?

¡Oh! ¿Seréis BUTT.

GONZ. ¿Quién?

Don

GONZ. No; pero estar me interesa

en su entrevista.

BUTT. Esta mesa

en esotra colocaros,

que les daré...;Oh! Será escena

admiraros.

GONZ.

BUTT. Son, sin disputa, 145

BUTT.

los dos mozos más gentiles de España. GONZ. Sí, v los más viles también. BUTT. ¡Bah! Se les imputa 150 cuanto malo se hace hoy día; mas la malicia lo inventa, pues nadie paga su cuenta como Tenorio y Mejía. GONZ. ¡Ya! BUTT. 155 Es afán de murmurar, porque conmigo, señor, ninguno lo hace mejor, y bien lo puedo jurar. GONZ. No es necesario: mas... BUTT. ¿Qué? GONZ. Quisiera yo ocultamente 160 verlos, y sin que la gente me reconociera.

A fe

que eso es muy fácil, señor.

Las fiestas de carnaval,

165

permiten, sin deshonor

de un antifaz, y bajo él,

¿quién sabe, hasta descubrirse,

170

GONZ.

contiguo...

BUTT.

aquí.

GONZ.

el antifaz.

BUTT.

Escena VI

GONZALO

No cabe en mi corazón que tal hombre pueda haber, y no quiero cometer

Yo mismo indagar prefiero

la verdad, mas, a ser cierta	180
la apuesta, primero muerta	
que esposa suya la quiero.	
No hay en la tierra interés	
que, si la daña, me cuadre;	
primero seré buen padre,	185
buen caballero después.	
Enlace es de gran ventaja,	
mas no quiero que Tenorio	
del velo del desposorio	
la recorte una mortaja.	190

Escena VII

DON GONZALO; BUTTARELLI, que trae un antifaz

BUTT. Ya está aquí.

GONZ. Gracias, patrón:

¿Tardarán mucho en llegar?

BUTT. Si vienen no han de tardar:

cerca de las ocho son.

GONZ. ¿Ésa es hora señalada? 195

BUTT. Cierra el plazo, y es asunto

de perder, quien no esté a punto de la primer campanada. GONZ. Ouiera Dios que sea una chanza, y no lo que se murmura. 200 BUTT. No tengo aún por muy segura de que cumplan, la esperanza; pero si tanto os importa lo que ello sea saber, 205 pues la hora está al caer, la dilación es ya corta. GONZ. Cúbrome, pues, y me siento. (Se sienta en una mesa a la derecha y se pone el antifaz.) BUTT. (Curioso el viejo me tiene del misterio con que viene... Y no me quedo contento 210 hasta saber quién es él.) (Limpia y trajina, mirándole de reojo.) GONZ. (¡Que un hombre como yo tenga que esperar aquí, y se avenga con semejante papel! En fin, me importa el sosiego 215 de mi casa, y la ventura

de una hija sencilla y pura,

y no es para echarlo a juego.)

Escena VIII

DON GONZALO, BUTTARELLI; DON DIEGO, a la puerta del fondo

DIEGO. La seña está terminante,

aquí es: bien me han informado;

220

llego, pues.

BUTT. ¿Otro embozado?

DIEGO. ¿Ha de esta casa?

BUTT. Adelante.

DIEGO. ¿La hostería del Laurel?

BUTT. En ella estáis, caballero.

DIEGO. ¿Está en casa el hostelero? 225

BUTT. Estáis hablando con él.

DIEGO. ¿Sois vos Buttarelli?

BUTT. Yo.

DIEGO. ¿Es verdad que hoy tiene aquí

Tenorio una cita?

BUTT. Sí.

DIEGO. ¿Y ha acudido a ella?

BUTT. No. 230

DIEGO. Pero ¿acudirá?

BUTT. No sé.

DIEGO. ¿Le esperáis vos?

BUTT. Por si acaso

venir le place.

DIEGO. En tal caso,

yo también le esperaré.

(Se sienta en el lado opuesto a DON GONZALO.)

BUTT. ¿Que os sirva vianda alguna 235

queréis mientras?

DIEGO. No: tomad.

(Dale dinero.)

BUTT. Excelencia!

DIEGO. Y excusad

conversación importuna.

BUTT. Perdonad.

DIEGO. Vais perdonado:

dejadme, pues.

BUTT. (¡Jesucristo! 240

En toda mi vida he visto

hombre más mal humorado.)

DIEGO. (¡Que un hombre de mi linaje

descienda a tan ruin mansión!

Pero no hay humillación

245

a que un padre no se baje

por un hijo. Quiero ver

por mis ojos la verdad

y el monstruo de liviandad

a quien pude dar el ser.)

250

(BUTTARELLI, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo a DON GONZALO y a DON DIEGO, que permanecerán embozados y en silencio.)

BUTT. ¡Vaya un par de hombres de piedra!

Para éstos sobra mi abasto:

mas, ¡pardiez!, pagan el gasto

que no hacen, y así se medra.

Escena IX

BUTTARELLI, DON GONZALO, DON DIEGO, EL CAPITÁN CENTELLAS, DOS CABALLEROS, AVELLANEDA

AVELL. Vinieron, y os aseguro

255

que se efectuará la apuesta.

CENT. Entremos, pues. ¡Buttarelli!

BUTT. Señor capitán Centellas,

	¿vos por aquí?	
CENT.	Sí, Cristófano.	
	¿Cuándo aquí, sin mi presencia,	260
	tuvieron lugar las orgias	
	que han hecho raya en la época?	
BUTT.	Como ha tanto tiempo ya	
	que no os he visto	
CENT.	Las guerras	
	del emperador, a Túnez	265
	me llevaron; mas mi hacienda	
	me vuelve a traer a Sevilla;	
	y, según lo que me cuentan,	
	llego lo más a propósito	
	para renovar añejas	270
	amistades. Conque apróntanos	
	luego unas cuantas botellas,	
	y en tanto que humedecemos	
	la garganta, verdadera	
	relación haznos de un lance	275
	sobre el cual hay controversia.	
BUTT.	Todo se andará; mas antes	
	dejadme ir a la bodega.	

VARIOS. Sí, sí.

Escena X

DICHOS, menos BUTTARELLI

CENT. Sentarse, señores,

y que siga Avellaneda 280

con la historia de don Luis.

AVELL. No hay ya más que decir de ella,

sino que creo imposible

que la de Tenorio sea

más endiablada, y que apuesto 285

por don Luis.

CENT. Acaso pierdas.

Don Juan Tenorio se sabe

que es la más mala cabeza

del orbe, y no hubo hombre alguno

que aventajarle pudiera

con sólo su inclinación;

¿conque qué hará si se empeña?

AVELL. Pues yo sé bien que Mejía

las ha hecho tales, que a ciegas

290

	se puede apostar por él.	295
CENT.	Pues el capitán Centellas	
	pone por don Juan Tenorio	
	cuanto tiene.	
AVELL.	Pues se acepta	
	por don Luis, que es muy mi amigo.	
CENT.	Pues todo en contra se arriesga;	300
	porque no hay como Tenorio	
	otro hombre sobre la tierra,	
	y es proverbia su fortuna	
	y extremadas sus empresas.	
	Escena XI	
	DICHOS, BUTTARELLI, con botellas	
BUTT.	Aquí hay Falerno, Borgoña,	305
	Sorrento.	
CENT.	De lo que quieras	
	sirve, Cristófano, y dinos:	
	¿qué hay de cierto en una apuesta	
	por don Juan Tenorio ha un año	
	y don Luis Mejía hecha?	310
BUTT.	Señor capitán, no sé	

w.el .com

donde

libros son gratis

tan a fondo la materia que os pueda sacar de dudas,

VARIOS. Habla, habla.

Yo, la verdad,

aunque fue en mi casa mesma

pusieron tan larga fecha

a su plazo, creí siempre

320

así es, que ni aun me acordaba

Mas esta tarde, sería

el anochecer apenas,

325

pidiéndome que le diera

una carta: y a sus letras

atento no más, me dio

330

con un paje que traía,

paisano mío, de Génova.	
No saqué nada del paje,	
que es, ¡por Dios!, muy brava pesca;	
mas cuando su amo acababa	335
su carta, le envió con ella	
a quien iba dirigida.	
El caballero, en mi lengua	
me habló, y me pidió noticias	
de don Luis. Dijo que entera	340
sabía de ambos la historia,	
y que tenía certeza	
de que al menos uno de ellos	
acudiría a la apuesta.	
Yo quise saber más de él,	345
mas púsome dos monedas	
de oro en la mano, diciéndome	
así, como a la deshecha:	
«Y por si acaso los dos	
al tiempo aplazado llegan,	350
ten prevenidas para ambos	
tus dos mejores botellas.»	
Largóse sin decir más,	

y yo, atento a sus monedas,

355

donde apostaron, la mesa.

vedla allí con dos sillas,

dos copas y dos botellas.

Pues, señor, no hay que dudar;

era don

CENT. Don Juan era.

AVELL. ¿Tú no le viste la cara?

¡Si la traía cubierta

con un antifaz!

¿tú a los dos no les recuerdas?

¿O no sabes distinguir

a las gentes por sus señas

lo mismo que por sus caras?

Pues confieso mi torpeza;

no le supe conocer,

370

Pero silencio.

¿Qué pasa?

donde los libros son gratis

BUTT. A dar el reló comienza

los cuartos para las ocho.

(Dan.)

CENT. Ved, ved la gente que se entra.

AVELL. Como que está de este lance

375

curiosa Sevilla entera.

(Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, DON JUAN, con antifaz, se llega a la mesa que ha preparado BUTTARELLI en el centro del escenario, y se dispone a ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente después de él, entra DON LUIS, también con antifaz, y se dirige a la otra. Todos los miran)

Escena XII

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN, DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS, AVELLANEDA, CABALLEROS, CURIOSOS, ENMASCARADOS

AVELL. (A CENTELLAS, por DON JUAN.)

Verás aquél, si ellos vienen,

qué buen chasco que se lleva.

CENT. (A AVELLANEDA, por DON LUIS.)

Pues allí va otro a ocupar

la otra silla: ¡uf!, ¡aquí es ella! 380

JUAN. (A DON LUIS.)

Esa silla está comprada,

hidalgo.

(A JUAN.)

Lo mismo digo,

tengo yo esotra pagada.

JUAN. 385

LUIS.

JUAN. Luego, sois don

LUIS. Seréis, pues, don

JUAN. Puede ser.

Vos lo decís.

JUAN.

LUIS. No.

390

LUIS.

JUAN. Yo soy don

(Quitándose la máscara.)

LUIS. Luis.

(Se descubren y se sientan. EL CAPITÁN CENTELLAS, y algunos otros se van a ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras DON JUAN Y DON las aceptan cortésmente.)

CENT.	¡Don Juan!	
AVELL.	¡Don Luis!	
JUAN.	¡Caballeros!	
LUIS.	¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?	
AVELL.	Sabíamos vuestra apuesta,	395
	y hemos acudido a veros.	
LUIS.	Don Juan y yo tal bondad	
	en mucho os agradecemos.	
JUAN.	El tiempo no malgastemos,	
	don Luis. (A los otros.) Sillas arrimad.	400
	(A los que están lejos.)	
	Caballeros, yo supongo	
	que a ucedes también aquí	
	les trae la apuesta, y por mí	
	a antojo tal no me opongo.	
LUIS.	Ni yo; que aunque nada más	405
	fue el empeño entre los dos,	
	no ha de decirse ¡por Dios!	
	que me avergonzó jamás.	
JUAN.	Ni a mí, que el orbe es testigo	
	de que hipócrita no soy,	410
	pues por doquiera que voy	

va el escándalo conmigo.

¡Eh! Y esos dos ¿no se llegan

a escuchar? Vos.

Por DON

y DON

DIEGO. Yo estoy bien.

¿Y Vos?

GONZ. 415

LUIS.

(Se sientan todos alrededor de la mesa en que están LUIS MEJÍA DON JUAN TENORIO.)

¿Estamos listos?

LUIS.

JUAN. Como quien somos cumplimos.

Veamos, pues, lo que hicimos.

JUAN.

LUIS. (Lo hacen.) 420

La apuesta fue...

LUIS.

dije que en España entera

no habría nadie que hiciera

JUAN. Y siendo contradictorio

al vuestro mi parecer,

yo os dije: Nadie hade hacer

lo que hará don Juan Tenorio.

¿No es así?

LUIS. Sin duda alguna:

y vinimos a apostar 430

quién de ambos sabría obrar

peor, con mejor fortuna,

en el término de un año;

juntándonos aquí hoy

a probarlo

JUAN. Y aquí estoy. 435

LUIS. Y yo.

CENT. ¡Empeño bien extraño,

por vida mía!

JUAN. Hablad, pues.

LUIS. No, vos debéis empezar.

JUAN. Como gustéis, igual es,

que nunca me hago esperar. 440

Pues, señor, yo desde aquí,

buscando mayor espacio

para mis hazañas, di

tiene el placer un palacio.

445

antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,

díjeme: «¿Dónde mejor?

450

hay pendencias y amoríos.»

Di, pues, sobre Italia luego,

fijé, entre hostil y amatorio, en mi puerta este cartel:

amores y desafíos.

Juan Tenorio

para quien quiera algo de él.»

De aquellos días la historia

a

remítome a la memoria

que dejé allí, y de mi gloria

455

podéis juzgar por mi anuncio.	465
Las romanas, caprichosas,	
las costumbres, licenciosas,	
yo, gallardo y calavera:	
¿quién a cuento redujera	
mis empresas amorosas?	470
Salí de Roma, por fin,	
como os podéis figurar:	
con un disfraz harto ruin,	
y a lomos de un mal rocín,	
pues me querían ahorcar.	475
Fui al ejército de España;	
mas todos paisanos míos,	
soldados y en tierra extraña,	
dejé pronto su compaña	
tras cinco o seis desafíos.	480
Nápoles, rico vergel	
de amor, de placer emporio,	
vio en mi segundo cartel:	
«Aquí está don Juan Tenorio,	
y no hay hombre para él .	485
Desde la princesa altiva	

los libros son gratis

a la que pesca en ruin barca,

y a cualquier empresa abarca, si en oro o valor estriba. Búsquenle los reñidores; cérquenle los jugadores;

a ver si hay quien le aventaje en juego, en lid o en amores.» Esto escribí; y en medio año que mi presencia gozó

no hay escándalo ni engaño en que no me hallara yo. Por donde quiera que fui, la razón atropellé,

a la justicia burlé,y a las mujeres vendí.Yo a las cabañas bajé,yo a los palacios subí,

LUIS.

JUAN.

yo los claustros escalé, y en todas partes dejé memoria amarga de mí. 510 Ni reconocí sagrado, ni hubo ocasión ni lugar por mi audacia respetado; ni en distinguir me he parado al clérigo del seglar. 515 A quien quise provoqué, con quien quiso me batí, y nunca consideré que pudo matarme a mí 520 aquel a quien yo maté. A esto don Juan se arrojó, y escrito en este papel está cuanto consiguió: y lo que él aquí escribió, mantenido está por él. 525 Leed, pues. No; oigamos antes vuestros bizarros extremos, y si traéis terminantes

www.el .com

José donde libros son gratis

vuestras notas comprobantes,

lo escrito cotejaremos.

LUIS. Decís bien; cosa es que está,

Juan, muy puesta en razón;

aunque, a mi ver, poco irá

JUAN. Empezad, pues.

Allá va. 535

a mi aliento empresas grandes,

dije: « ¿

de amor y lides en pos,

que vaya mejor que a Flandes?

Allí, puesto que empeñadas

guerras hay, a mis deseos

ocasiones extremadas

de riñas y galanteos.»

Y en Flandes conmigo di,

mas con tan negra fortuna,

todo mi caudal perdí,	
dobla a dobla, una por una.	550
En tan total carestía	
mirándome de dineros,	
de mí todo el mundo huía;	
mas yo busqué compañía	
y me uní a unos bandoleros.	555
Lo hicimos bien, ¡voto a tal!,	
y fuimos tan adelante,	
con suerte tan colosal,	
que entramos a saco en Gante	
el palacio episcopal.	560
¡Qué noche! Por el decoro	
de la Pascua, el buen Obispo	
bajó a presidir el coro,	
y aún de alegría me crispo	
al recordar su tesoro.	565
Todo cayó en poder nuestro:	
mas mi capitán, avaro,	
puso mi parte en secuestro:	
reñimos, fui yo más diestro,	
y le crucé sin reparo.	570

capitán, por más valiente:

juréles yo amistad franca:

huí, y les dejé sin blanca.

575

de que quien roba al ladrón

ha cien años de perdón,

mirando a mi salvación.

580

mas un provincial jerónimo,

me conoció, y al momento

me delató en un anónimo,

Compré a fuerza de dinero

la libertad y el papel;

al fraile, le envié certero

una bala envuelta en él.

Salté a Francia. ¡Buen país!,

y como en Nápoles vos,

puse un cartel en París
diciendo: «Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos. 595
Parará aquí algunos meses,
Y no trae más intereses
ni se aviene a más empresas,
que a adorar a las francesas
y a reñir con los franceses.» 600
Esto escribí; y en medio año
que mí presencia gozó
París, no hubo lance extraño,
ni hubo escándalo ni daño

Mas, como don Juan, mi historia

también a alargar renuncio;

que basta para mi gloria

donde no me hallara yo.

la magnífica memoria

que allí dejé con mi anuncio. 610

Y cual vos, por donde fui

la razón atropellé,

la virtud escarnecí,

605

JUAN.

a la justicia burlé, y a las mujeres vendí. 615 Mi hacienda llevo perdida tres veces: mas se me antoja reponerla, y me convida mi boda comprometida con doña Ana de Pantoja. 620 Mujer muy rica me dan, y mañana hay que cumplir los tratos que hechos están; lo que os advierto, don Juan, por si queréis asistir. 625 A esto don Luis se arrojó, y escrito en este papel está lo que consiguió: y lo que él aquí escribió, mantenido está por él. 630 La historia es tan semejante que está en el fiel la balanza, mas vamos a lo importante,

que es el guarismo a que alcanza

	el papel: conque adelante.	635
LUIS.	Razón tenéis, en verdad.	
	Aquí está el mío: mirad,	
	por una línea apartados	
	traigo los nombres sentados,	
	para mayor claridad.	640
JUAN.	Del mismo modo arregladas	
	mis cuentas traigo en el mío:	
	en dos líneas separadas,	
	los muertos en desafío,	
	y las mujeres burladas.	645
	Contad.	
LUIS.	Contad.	
JUAN.	Veinte y tres.	
LUIS.	Son los muertos. A ver vos.	
	¡Por la cruz de San Andrés!	
	Aquí sumo treinta y dos.	
JUAN.	Son los muertos.	
LUIS.	Matar es.	650
JUAN.	Nueve os llevo.	
LUIS.	Me vencéis.	
	Pasemos a las conquistas.	

Zorrilla y Moral

los libros son gratis

JUAN.

LUIS. Y yo sumo en vuestras listas

JUAN. Pues perdéis.

LUIS. ¡Es increíble, don

JUAN. Si lo dudáis, apuntados

que si fueren preguntados

os lo testificarán.

LUIS. ¡Oh! Y vuestra lista es cabal.

Desde una princesa real

a la hija de un pescador,

toda la escala social.

665

LUIS. Sólo una os falta en justicia.

¿Me la podéis señalar?

LUIS.

que esté para profesar. 670

¡Bah! Pues yo os complaceré

doblemente, porque os digo

	que a la novicia uniré	
	la dama de algún amigo	
	que para casarse esté.	675
LUIS.	¡Pardiez, que sois atrevido!	
JUAN.	Yo os lo apuesto si queréis.	
LUIS.	Digo que acepto el partido.	
	Para darlo por perdido,	
	¿queréis veinte días?	
JUAN.	Seis.	680
LUIS.	¡Por Dios, que sois hombre extraño!	
	¿cuántos días empleáis	
	en cada mujer que amáis?	
JUAN.	Partid los días del año	
	entre las que ahí encontráis.	685
	Uno para enamorarlas,	
	otro para conseguirlas,	
	otro para abandonarlas,	
	dos para sustituirlas	
	y una hora para olvidarlas.	690
	Pero, la verdad a hablaros,	
	pedir más no se me antoja,	
	porque, pues vais a casaros,	

Zorrilla y Moral

los libros son gratis

mañana pienso

a doña Ana de 695

LUIS.

JUAN. Don

LUIS. Ved, don

JUAN. Lo que he de lograr, don

(Llamando.) LUIS. i

GASTÓN.

LUIS. Ven acá. 700

> DON LUIS GASTÓN y éste se va

JUAN. i

CIUT. ¿Señor?

> (DON JUAN habla en secreto con v éste se va

precipitadamente.

LUIS. ¿Estáis en lo dicho?

Sí.

LUIS.

JUAN. Pues va.

(DON levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con y

DON

GONZ.	¡Insensatos! ¡Vive Dios	
	que a no temblarme las manos	705
	a palos, como a villanos,	
	os diera muerte a los dos!	
JUAN.	V.	
LUIS.	Veamos.	
GONZ.	Excusado es,	
	que he vivido lo bastante	
	para no estar arrogante	710
	donde no puedo.	
JUAN.	Idos, pues,	
GONZ.	Antes, don Juan, de salir	
	de donde oírme podáis,	
	es necesario que oigáis	
	lo que os tengo que decir.	715
	Vuestro buen padre don Diego,	
	porque pleitos acomoda,	
	os apalabró una boda	
	que iba a celebrarse luego;	
	pero por mí mismo yo,	720
	lo que erais queriendo ver,	
	vine aquí al anochecer,	

	veros me avergonzó.	
JUAN.		
	que no sé cómo he tenido	725
	sin asentarte la mano!	
	Pero di pronto quién eres,	
	de arrancarte el antifaz	730
GONZ.	¡Don Juan!	
	¡Pronto!	
GONZ.	Mira, pues.	
JUAN.	Gonzalo!	
GONZ.		
	Y adiós, don Juan: mas desde hoy	

en que se case con vos, el sepulcro, ¡juro a Dios!,

JUAN. Me hacéis reír, don 740

Inés.

735

745

755

pues venirme a provocar,

es como ir a amenazar

a un león con un mal palo.

Y pues hay tiempo, advertir

os quiero a mi vez a vos,

que o me la dais, o por Dios,

que a quitárosla he de ir!

GONZ. ¡Miserable!

JUAN. Dicho está:

sólo una mujer como ésta

me falta para mi apuesta; 750

ved, pues, que apostada va.

(DON DIEGO levantándose de la mesa en que ha permanecido encubierto mientras la escena anterior, baja al centro de la escena, encarándose con DON JUAN.)

DIEGO. No puedo más escucharte,

vil don Juan, porque recelo

que hay algún rayo en el cielo

preparado a aniquilarte.

¡Ah...! No pudiendo creer

lo que de ti me decían,

confiando en que mentían,

te vine esta noche a ver.

JUAN.

Pero te juro, malvado, 760 que me pesa haber venido para salir convencido de lo que es para ignorado. Sigue, pues, con ciego afán en tu torpe frenesí, 765 mas nunca vuelvas a mí; no te conozco, don Juan. JUAN. ¿Quién nunca a ti se volvió, ni quién osa hablarme así, ni qué se me importa a mí que me conozcas o no? DIEGO. Adiós, pues: mas no te olvides de que hay un Dios justiciero. JUAN. Ten. (Deteniéndole.) ¿Qué quieres? DIEGO. JUAN. Verte quiero. 775 DIEGO. Nunca, en vano me lo pides. JUAN. ¿Nunca? DIEGO. No.

Cuando me cuadre.

DIEGO. ¿Cómo?

JUAN. Así. (Le arranca el antifaz.)

TODOS. ¡Don Juan!

DIEGO. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

JUAN. ¡Válgame Cristo, mi padre!

DIEGO. Mientes, no lo fui jamás. 780

JUAN. ¡Reportaos, con Belcebú!

DIEGO. No, los hijos como tú

son hijos de Satanás.

Comendador, nulo sea

lo hablado.

GONZ. Ya lo es por mí; 785

vamos.

DIEGO. Sí, vamos de aquí

donde tal monstruo no vea.

Don Juan, en brazos del vicio

desolado te abandono:

me matas..., mas te perdono 790

de Dios en el santo juicio.

(Vanse poco a poco DON DIEGO y DON GONZALO.)

JUAN. Largo el plazo me ponéis:

mas ved que os quiero advertir

que yo no os he ido a pedir

jamás que me perdonéis.

795

Conque no paséis afán

de aquí en adelante por mí,

que como vivió hasta aquí,

vivirá siempre don Juan.

Escena XIII

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI, CURIOSOS, MÁSCARAS

JUAN. ¡Eh! Ya salimos del paso:

800

y no hay que extrañar la homilia;

son pláticas de familia,

de las que nunca hice caso.

Conque lo dicho, don Luis,

van doña Ana y doña Inés

805

en apuesta.

LUIS. Y el precio es

la vida.

JUAN. Vos lo decís:

vamos.

810

LUIS. Vamos.

(Al salir se presenta una ronda, que les detiene.)

Escena XIV

DICHOS, UNA RONDA DE ALGUACILES

ALGUACIL. ¡Alto allá!

¿Don Juan Tenorio?

JUAN. Yo soy.

ALGUACIL. Sed preso.

JUAN. ¿Soñando estoy?

¿Por qué?

ALGUACIL. Después lo verá.

LUIS (Acercándose a DON JUAN y riéndose.)

Tenorio no lo extrañéis,

pues mirando a lo apostado,

mi paje os ha delatado,

para que vos no ganéis. 815

JUAN. ¡Hola! Pues no os suponía

con tal despejo, ¡pardiez!

LUIS. Id, pues, que por esta vez,

don Juan, la partida es mía.

JUAN. Vamos, pues.

(Al salir, les detiene otra ronda que entra en la escena.)

Escena XV

DICHOS, UNA RONDA

ALGUACIL. (Que entra.)

¡Ténganse allá!

820

¿Don Luis Mejía?

LUIS. Yo soy.

ALGUACIL. Sed preso.

LUIS. ¿Soñando estoy?

¡Yo preso!

JUAN. (Soltando la carcajada.)

¡Ja, ja, ja, ja!

Mejía, no lo extrañéis,

pues mirando a lo apostado,

825

mi paje os ha delatado

para que no me estorbéis.

LUIS. Satisfecho quedaré

aunque ambos muramos.

JUAN. Vamos.

Conque, señores, quedamos

830

en que la apuesta está en pie.

(Las rondas se llevan a DON JUAN y a DON LUIS; muchos los siguen. EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA y sus amigos, quedan en la escena mirándose unos a otros.)

Escena XVI

EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, CURIOSOS

AVELL. ¡Parece un juego ilusorio!

CENT. ¡Sin verlo no lo creería!

AVELL. Pues yo apuesto por Mejía.

CENT. Y yo pongo por Tenorio. 835

Acto segundo

Destreza

Exterior de la casa de DOÑA ANA, vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo, se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda, una reja y una puerta

Escena Primera

DON LUIS MEJÍA, embozado

Ya estoy frente de la casa

de doña Ana, y es preciso

Que esta noche tenga aviso

de lo que en Sevilla pasa.

No di con persona alguna,

840

por dicha mía...; Oh, qué afán!

Pero ahora, señor don Juan,

cada cual con su fortuna.

Si honor y vida se juega,

mi destreza y mi valor,

845

por mi vida y por mi honor,

jugarán...; mas alguien llega.

Escena II

DON LUIS, PASCUAL

PASC. ¡Quién creyera lance tal!

¡Jesús, qué escándalo!¡Presos!

LUIS. ¡Qué veo! ¿Es Pascual?

PASC. Los sesos 850

me estrellaría.

LUIS. ¿Pascual?

PASC. ¿Quién me llama tan apriesa?

LUIS. Yo. Don Luis.

PASC. ¡Válame Dios!

LUIS. ¿Qué te asombra?

PASC. Que seáis vos.

LUIS. Mi suerte, Pascual, es ésa. 855

Que a no ser yo quien me soy,

y a no dar contigo ahora,

el honor de mi señora

doña Ana moría hoy.

PASC. ¿Qué es lo que decís?

LUIS. ¿Conoces 860

a don Juan Tenorio?

PASC. Sí.

¿Quién no le conoce aquí?

Mas, según públicas voces,

estabais presos los dos.

Vamos, ¡lo que el vulgo miente! 865

LUIS. Ahora acertadamente

habló el vulgo: y ¡juro a Dios

que, a no ser porque mi primo,

el tesorero real,

quiso fiarme, Pascual, 870

pierdo cuanto más estimo!

PASC. ¿Pues cómo?

LUIS. ¿En servirme estás?

PASC. Hasta morir.

LUIS. Pues escucha.

Don Juan y yo en una lucha

arriesgada por demás 875

empeñados nos hallamos;

pero, a querer tú ayudarme,

más que la vida salvarme

puedes.

PASC.	¿Qué hay que hacer? Sepamos.	
LUIS.	En una insigne locura	880
	dimos tiempo ha: en apostar	
	cuál de ambos sabría obrar	
	peor, con mejor ventura.	
	Ambos nos hemos portado	
	bizarramente a cual más;	885
	pero él es un Satanás,	
	y por fin me ha aventajado.	
	Púsele no sé qué pero,	
	dijímonos no sé qué	
	sobre ello, y el hecho fue	890
	que él, mofándome altanero,	
	me dijo: «Y si esto no os llena,	
	pues que os casáis con doña Ana,	
	os apuesto a que mañana	
	os la quito yo.»	
PASC.	¡Ésa es buena!	895
	¿Tal se ha atrevido a decir?	
LUIS.	No es lo malo que lo diga,	
	Pascual, sino que consiga	
	lo que intenta.	

PASC.	¿Conseguir?	
	En tanto que yo esté aquí,	900
	descuidad, don Luis.	
LUIS.	Te juro	
	que si el lance no aseguro,	
	no sé qué va a ser de mí.	
PASC.	¡Por la Virgen del Pilar!	
	¿Le teméis?	
LUIS.	No, ¡Dios testigo!	905
	Mas lleva ese hombre consigo	
	algún diablo familiar.	
PASC.	Dadlo por asegurado.	
LUIS.	¡Oh! Tal es el afán mío,	
	que ni en mí propio me fío	910
	con un hombre tan osado.	
PASC.	Yo os juro, por San Ginés,	
	que con toda su osadía,	
	le ha de hacer, por vida mía,	
	mal tercio un aragonés;	915
	nos veremos.	
LUIS.	¡Ay, Pascual,	

.com donde libros son gratis

que en qué te metes no sabes!

PASC.

apreturas más graves

me he visto, y no salí mal.

Estriba en lo perentorio

920

PASC.

Más que un buen aragonés.

Todos esos lenguaraces, espadachines de oficio, no son más que frontispicio y de poca alma capaces.

tienen lengua, y tienen manos para osar a los ancianos o apalear a mercaderes. Mas cuando una buena espada,

con la muerte les convida, todo su valor es nada. Y sus empresas y bullas se reducen todas ellas,

y a huir ante las patrullas. LUIS. ¡Pascual! PASC. No lo hablo por vos, 940 que aunque sois un calavera, tenéis la alma bien entera y reñís bien ;voto a bríos! LUIS. Pues si es en mí tan notorio el valor, mira Pascual, 945 que el valor es proverbial en la raza de Tenorio. Y porque conozco bien de su valor el extremo. de sus ardides me temo 950 que en tierra con mi honra den. PASC. Pues suelto estáis ya, don Luis, y pues que tanto os acucia el mal de celos, su astucia 955 con la astucia prevenís.

LUIS. No lo sé:

mas esta noche sospecho

¿Qué teméis de él?

consumar. PASC. LUIS. ¿Por qué? PASC. LUIS. Sí que está; 960 y un hidalgo me fió. PASC. LUIS. En fin, sólo un medio encuentro PASC. ¿Cuál? 965 Que de esta casa, Pascual, quede yo esta noche dentro. Mirad que así de doña Ana LUIS. ¡Qué mil rayos! ¿Su marido no voy a ser yo mañana? PASC. que os fío con la existencia...? LUIS. mas de un ardid diestro, no. 975

980

Y, en fin, o paso en la casa

la noche, o tomo la calle,

aunque la justicia me halle.

PASC. Señor don Luis, eso pasa

de terquedad, y es capricho

que dejar os aconsejo,

y os irá bien.

LUIS. No lo dejo,

Pascual.

PASC. ¡Don Luis!

LUIS. Está dicho.

PASC. ¡Vive Dios! ¿Hay tal afán?

LUIS. Tú dirás lo que quisieres, 985

mas yo fío en las mujeres

mucho menos que en don Juan;

y pues lance es extremado

por dos locos emprendido,

bien será un loco atrevido 990

para un loco desalmado.

PASC. Mirad bien lo que decís,

porque yo sirvo a doña Ana

los libros son gratis

desde que nació, y mañana

Luis.

995

Pascual, esa hora llegada y ese derecho adquirido,

y la haré ser bien casada.

Mas en tanto...

No habléis más.

Yo os conozco desde niños, y sé lo que son cariños,

Oid: mi cuarto es sobrado para los dos: dentro de él quedad; mas palabra fiel

LUIS. Te la doy.

dadme de

Y hasta mañana

nos quedaremos en vela.

1010

Y se salvará doña Ana.

Sea.

LUIS. Pues vamos.

PASC. ¡Teneos!

¿Qué vais a hacer?

LUIS. A entrar.

PASC. ¿Ya?

LUIS. ¿Quién sabe lo que él hará?

PASC. Vuestros celosos deseos 1015

reprimid: que ser no puede

mientras que no se recoja

mi amo, don Gil de Pantoja,

y todo en silencio quede.

LUIS. ¡Voto a...!

PASC. ¡Eh! Dad una vez 1020

breves treguas al amor.

LUIS. Y ¿a qué hora ese buen señor

suele acostarse?

PASC. A las diez;

y en esa calleja estrecha

hay una reja; llamad 1025

a las diez, y descuidad

mientras en mí.

LUIS. Es cosa hecha.

los libros son gratis

PASC.

Luis, hasta luego pues.

LUIS.

Escena III

LUIS

Jamás tal desasosiego tuve. Paréceme que es esta noche hora menguada

Presentimiento, qué estrago teme mi alma acongojada. ¡Por Dios que nunca pensé que a doña ni por ninguna sentí lo que por ella...! ¡Oh! Y a fe

1040

Parece que le asegura
Satanás en cuanto intenta.

y téngome para mí que si me aparto de aquí,

Juan me amedrenta,

me burla, pese a Pascual.

Y aunque me tenga por necio,

quiero entrar; que con don Juan

las preocupaciones no están

1050

para vistas con desprecio.

(Llama a la ventana.)

Escena IV

DON LUIS, DOÑA ANA

ANA. ¿Quién va?

LUIS. ¿No es Pascual?

ANA. ¡Don Luis!

LUIS. Doña Ana.

ANA. ¿Por la ventana

llamas ahora?

LUIS. ¡Ay, doña Ana,

cuán a buen tiempo salís! 1055

ANA. Pues ¿qué hay, Mejía?

LUIS. Un empeño

por tu beldad, con un hombre

que temo.

Y ¿qué hay que te asombre	
en él, cuando eres tú el dueño	
de mi corazón?	
DoñaAna,	1060
no lo puedes comprender,	
de ese hombre sin conocer	
nombre y suerte.	
Será vana	
su buena suerte conmigo.	
Ya ves, sólo horas nos faltan	1065
para la boda, y te asaltan	
vanos temores.	
Testigo	
me es Dios que nada por mí	
me da pavor mientras tenga	
espada, y ese hombre venga	1070
cara a cara contra ti.	
Mas, como el león audaz,	
y cauteloso y prudente,	
como la astuta serpiente	
¡Bah! Duerme, don Luis, en paz,	1075
que su audacia y su prudencia	
	en él, cuando eres tú el dueño de mi corazón? DoñaAna, no lo puedes comprender, de ese hombre sin conocer nombre y suerte. Será vana su buena suerte conmigo. Ya ves, sólo horas nos faltan para la boda, y te asaltan vanos temores. Testigo me es Dios que nada por mí me da pavor mientras tenga espada, y ese hombre venga cara a cara contra ti. Mas, como el león audaz, y cauteloso y prudente, como la astuta serpiente ¡Bah! Duerme, don Luis, en paz,

nada lograrán de mí,

que tengo cifrada en ti

la gloria de mi existencia.

LUIS. Pues bien, Ana, de ese amor

1080

que me aseguras en nombre,

para no temer a ese hombre

voy a pedirte un favor.

ANA. Di; mas bajo, por si escucha

tal vez alguno.

LUIS. Oye, pues.

1085

Escena V

DOÑA ANA y DON LUIS, a la reja derecha; DON JUAN y CIUTTI, en la calle izquierda

CIUT. Señor, ¡por mi vida, que es

vuestra suerte buena y mucha!

JUAN. Ciutti, nadie como yo;

ya viste cuán fácilmente

el buen alcaide prudente

1090

se avino y suelta me dio.

Mas no hay ya en ello que hablar:

¿mis encargos has cumplido?

CIUT. Todos los he concluido

mejor que pude esperar.

1095

1100

JUAN. ¿La beata...?

CIUT. Ésta es la llave

de la puerta del jardín,

que habrá que escalar al fin,

pues como usarced ya sabe,

las tapias de ese convento

no tienen entrada alguna.

JUAN. Y ¿te dio carta?

CIUT. Ninguna;

me dijo que aquí al momento

iba a salir de camino;

que al convento se volvía,

1105

y que con vos hablaría.

JUAN. Mejor es.

CIUT. Lo mismo opino.

JUAN. ¿Y los caballos?

CIUT. Con silla

y freno los tengo ya.

JUAN. ¿Y la gente?

CIUT. Cerca está. 1110

JUAN. Bien, Ciutti; mientras Sevilla

tranquila en sueño reposa

creyéndome encarcelado,

otros dos nombres añado

a mi lista numerosa.

1115

¡Ja!, ¡ja!

CIUT. ¡Señor...!

JUAN. ¿Qué?

CIUT. ;Callad!

JUAN. ¿Qué hay, Ciutti?

CIUT. Al doblar la esquina,

en esa reja vecina

he visto a un hombre.

JUAN. Es verdad:

pues ahora sí que es mejor

1120

el lance: ¿y si es ése?

CIUT. ¿Quién?

JUAN. Don Luis.

CIUT. Imposible.

JUAN. ¡Toma!

¿No estoy yo aquí?

CIUT.	Diferencia	
	va de él a vos.	
JUAN.	Evidencia	
	lo creo, Ciutti; allí asoma	1125
	tras de la reja una dama.	
CIUT.	Una criada tal vez.	
JUAN.	Preciso es verlo, ¡pardiez!,	
	no perdamos lance y fama.	
	Mira, Ciutti: a fuer de ronda	1130
	tú con varios de los míos	
	por esa calle escurríos,	
	dando vuelta a la redonda	
	a la casa.	
CIUT.	Y en tal caso	
	cerrará ella.	
JUAN.	Pues con eso,	1135
	ella ignorante y él preso,	
	nos dejarán franco el paso.	
CIUT.	Decís bien.	
JUAN.	Corre y atájale,	
	que en ello el vencer consiste.	
CIUT.	¿Mas si el truhán se resiste?	1140

JUAN. Entonces, de un tajo, rájale.

Escena VI

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS

LUIS. ¿Me das, pues, tu asentimiento?

ANA. Consiento.

LUIS. ¿Complácesme de ese modo?

ANA. En todo. 1145

LUIS. Pues te velaré hasta el día.

ANA. Sí, Mejía.

LUIS. Páguete el cielo, Ana mía,

satisfacción tan entera.

ANA. Porque me juzgues sincera, 1150

consiento en todo, Mejía.

LUIS. Volveré, pues, otra vez.

ANA. Sí, a las diez.

LUIS. ¿Me aguardarás, Ana?

ANA. Sí.

LUIS. Aquí. 1155

ANA. Y tú estarás puntual, ¿eh?

LUIS. Estaré.

ANA. La llave, pues, te daré.

LUIS. Y dentro yo de tu casa,

venga Tenorio.

ANA. Alguien pasa. 1160

A las diez.

LUIS. Aquí estaré.

Escena VII

DON JUAN, DON LUIS

LUIS. Mas se acercan. ¿Quién va allá?

JUAN. Quien va.

LUIS. De quien va así, ¿qué se infiere?

JUAN. Que quiere. 1165

LUIS. ¿Ver si la lengua le arranco?

JUAN. El paso franco.

LUIS. Guardado está.

JUAN. ¿Y soy yo manco?

LUIS. Pidiéraislo en cortesía.

JUAN. Y ¿a quién?

LUIS. A don Luis Mejía, 1170

JUAN. Quien va, quiere el paso franco,

LUIS. ¿Conocéisme?

JUAN. Sí.

LUIS. ¿Y yo a vos?

JUAN. Los dos.

LUIS. Y ¿en qué estriba el estorballe?

JUAN. En la calle. 1175

LUIS. ¿De ella los dos por ser amos?

JUAN. Estamos.

LUIS. Dos hay no más que podamos

necesitarle a la vez.

JUAN. Lo sé.

LUIS. ¡Sois don Juan!

JUAN. ¡Pardiez! 1180

los dos ya en la calle estamos.

LUIS. ¿No os prendieron?

JUAN. Como a vos.

LUIS. ¡Vive Dios!

Y ¿huisteis?

JUAN. Os imité.

¿Y qué? 1185

LUIS. Que perderéis.

JUAN. No sabemos.

LUIS. Lo veremos.

JUAN. La dama entrambos tenemos

sitiada, y estáis cogido.

LUIS. Tiempo hay.

JUAN. Para vos perdido. 1190

LUIS. ¡Vive Dios, que lo veremos!

(DON LUIS desenvaina su espada; mas CIUTTI, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)

JUAN. Señor don Luis, vedlo, pues.

LUIS. Traición es.

JUAN. La boca...

(A los suyos, que se la tapan a DON LUIS.)

LUIS. ;Oh!

JUAN. (Le sujetan los brazos.)

Sujeto atrás:

más. 1195

La empresa es, señor Mejía,

como mía.

Encerrádmele hasta el día.

(A los suyos.)

La apuesta está ya en mi mano.

(A DON LUIS.)

Adiós, don Luis: si os la gano,

1200

traición es; mas como mía.

Escena VIII

DON JUAN

Buen lance, ¡viven los cielos!

Éstos son los que dan fama:

mientras le soplo la dama

él se arrancará los pelos 1205

encerrado en mi bodega.

¿Y ella? Cuando crea hallarse

con él..., ¡ja!, ¡ja! ¡Oh!, y quejarse

no puede; limpio se juega.

A la cárcel le llevé 1210

y salió; llevóme a mí,

y salí; hallarnos aquí

era fuerza..., ya se ve:

su parte en la grave apuesta

defendía cada cual. 1215

Mas con la suerte está mal

Mejía, y también pierde ésta.

Sin embargo, y por si acaso,

no es demás asegurarse

de Lucía, a desgraciarse

1220

no vaya por poco el paso.

Mas por allí un bulto negro

se aproxima..., y, a mi ver,

es el bulto una mujer.

¿Otra aventura? Me alegro.

1225

Escena IX

DON JUAN, BRÍGIDA

BRÍG. ¿Caballero?

JUAN. ¿Quién va allá?

BRÍG. ¿Sois don Juan?

JUAN. ¡Por vida de...!

¡Si es la beata! ¡Y a fe

que la había olvidado ya!

Llegaos, don Juan soy yo. 1230

BRÍG. ¿Estáis solo?

JUAN. Con el diablo.

BRÍG. ¡Jesucristo!

JUAN. Por vos lo hablo.

BRÍG. ¿Soy yo el diablo?

JUAN. Creoló.

BRÍG. ¡Vaya! ¡Qué cosas tenéis!

Vos sí que sois un diablillo... 1235

JUAN. Que te llenará el bolsillo

si le sirves.

BRÍG. Lo veréis.

JUAN. Descarga, pues, ese pecho.

¿Qué hiciste?

BRÍG. ¡Cuanto me ha dicho

vuestro paje...! ¡Y qué mal bicho 1240

es ese Ciutti!

JUAN. ¿Qué ha hecho?

BRÍG. ¡Gran bribón!

JUAN. ¿No os ha entregado

un bolsillo y un papel?

BRÍG. Leyendo estará ahora en él

doña Inés.

JUAN. ¿La has preparado? 1245

BRÍG. Vaya; y os la he convencido

con tal maña y de manera,

	que irá como una cordera	
	tras vos.	
JUAN.	¡Tan fácil te ha sido!	
BRÍG.	¡Bah! Pobre garza enjaulada,	1250
	dentro la jaula nacida,	
	¿qué sabe ella si hay más vida	
	ni más aire en que volar?	
	Si no vio nunca sus plumas	
	del sol a los resplandores,	1255
	¿qué sabe de los colores	
	de que se puede ufanar?	
	No cuenta la pobrecilla	
	diez y siete primaveras,	
	y aún virgen a las primeras	1260
	impresiones del amor,	
	nunca concibió la dicha	
	fuera de su pobre estancia,	
	tratada desde su infancia	

con cauteloso rigor.

Y tantos años monótonos

1265

	ceñido a punto tan ruin,	
	a tan reducido espacio,	1270
	y a círculo tan mezquino,	
	que era el claustro su destino	
	y el altar era su fin.	
	«Aquí está Dios», la dijeron;	
	y ella dijo: «Aquí le adoro.»	1275
	«Aquí está el claustro y el coro.»	
	Y pensó: «No hay más allá.»	
	Y sin otras ilusiones	
	que sus sueños infantiles,	
	pasó diez y siete abriles	1280
	sin conocerlo quizá.	
JUAN.	¿Y está hermosa?	
BRÍG.	¡Oh! Como un ángel.	
JUAN.	¿Y la has dicho?	
BRÍG.	Figuraos	
	si habré metido mal caos	
	en su cabeza, don Juan.	1285
	La hablé del amor, del mundo,	
	de la corte y los placeres,	

JUAN.

donde los libros son gratis

de cuánto con las mujeres	
erais pródigo y galán.	
La dije que erais el hombre	1290
por su padre destinado	
para suyo: os he pintado	
muerto por ella de amor,	
desesperado por ella	
y por ella perseguido,	1295
y por ella decidido	
a perder vida y honor.	
En fin, mis dulces palabras,	
al posarse en sus oídos,	
sus deseos mal dormidos	1300
arrastraron de sí en pos;	
y allá dentro de su pecho	
han inflamado una llama	
de fuerza tal, que ya os ama	
y no piensa más que en vos.	1305
Tan incentiva pintura	
los sentidos me enajena,	
y el alma ardiente me llena	
de su insensata pasión.	

BRÍG.

JUAN.

Empezó por una apuesta,	1310
siguió por un devaneo,	
engendró luego un deseo,	
y hoy me quema el corazón.	
Poco es el centro de un claustro,	
¡al mismo infierno bajara,	1315
y a estocadas la arrancara	
de los brazos de Satán!	
¡Oh! Hermosa flor, cuyo cáliz	
al rocío aún no se ha abierto,	
a trasplantarte va al huerto	1320
de sus amores don Juan.	
¿Brígida?	
Os estoy oyendo,	
y me hacéis perder el tino:	
yo os creía un libertino	
sin alma y sin corazón.	1325
¿Eso extrañas? ¿No está claro	
que en un objeto tan noble	
hay que interesarse doble	
que en otros?	

BRÍG.	Tenéis razón.	
JUAN.	¿Conque a qué hora se recogen	1330
	las madres?	
BRÍG.	Ya recogidas	
	estarán. ¿Vos prevenidas	
	todas las cosas tenéis?	
JUAN.	Todas.	
BRÍG.	Pues luego que doblen	
	a las ánimas, con tiento	1335
	saltando al huerto, al convento	
	fácilmente entrar podéis	
	con la llave que os he enviado:	
	de un claustro oscuro y estrecho	
	es; seguidle bien derecho,	1340
	y daréis con poco afán	
	en nuestra celda.	
JUAN.	Y si acierto	
	a robar tan gran tesoro,	
	te he de hacer pesar en oro.	
BRÍG.	Por mí no queda, don Juan.	1345
JUAN.	Ve y aguárdame.	
BRÍG.	Voy, pues,	

a entrar por la portería,

y a cegar a sor María

la tornera. Hasta después.

(Vase BRÍGIDA, y un poco antes de concluir esta escena sale CIUTTI, que se para en el fondo esperando.)

Escena X

DON JUAN, CIUTTI

JUAN. Pues, señor, ¡soberbio envite! 1350

Muchas hice hasta esta hora,

mas, ¡por Dios que la de ahora,

será tal, que me acredite!

Mas ya veo que me espera

Ciutti. ¿Lebrel? (*Llamándole*.)

CIUT. Aquí estoy. 1355

JUAN. ¿Y don Luis?

CIUT. Libre por hoy

estáis de él.

JUAN. Ahora quisiera

ver a Lucía.

CIUT. Llegar

podéis aquí. (A la reja derecha.) Yo la

llamo,

y al salir a mi reclamo

1360

la podéis vos abordar.

JUAN. Llama, pues.

CIUT. La seña mía

sabe bien para que dude

en acudir.

JUAN. Pues si acude

lo demás es cuenta mía.

1365

(CIUTTI llama a la reja con una seña que parezca convenida. LUCÍA se asoma a ella, y al ver a DON JUAN se detiene un momento.)

Escena XI

DON JUAN, LUCÍA, CIUTTI

LUCÍA. ¿Qué queréis, buen caballero?

JUAN. Quiero.

LUCÍA. ¿Qué queréis? Vamos a ver.

JUAN. Ver.

LUCÍA. ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora? 1370

JUAN. A tu señora.

LUCÍA. Idos, hidalgo, en mal hora;

¿quién pensáis que vive aquí?

JUAN. DoñaAna Pantoja, y

quiero ver a tu señora.

1375

LUCÍA. ¿Sabéis que casa doña Ana?

JUAN. Sí, mañana.

LUCÍA. ¿Y ha de ser tan infiel ya?

JUAN. Sí será.

LUCÍA. ¿Pues no es de don Luis Mejía? 1380

JUAN. ¡Ca! Otro día.

Hoy no es mañana, Lucía:

yo he de estar hoy con doña Ana,

y si se casa mañana,

mañana será otro día. 1385

LUCÍA. ¡Ah! ¿En recibiros está?

JUAN. Podrá.

LUCÍA. ¿Qué haré si os he de servir?

JUAN. Abrir.

LUCÍA. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo? 1390

JUAN. Ese bolsillo.

LUCÍA. ¿Oro?

JUAN. Pronto te dio el brillo.

LUCÍA. ¡Cuánto!

JUAN. De cien doblas pasa.

LUCÍA. ¡Jesús!

JUAN. Cuenta y di: ¿esta casa

podrá abrir este bolsillo? 1395

LUCÍA. Oh! Si es quien me dora el pico...

JUAN. Muy rico. (Interrumpiéndola.)

LUCÍA. ¿Sí? ¿Qué nombre usa el galán?

JUAN. Don Juan.

LUCÍA. ¿Sin apellido notorio? 1400

JUAN. Tenorio.

LUCÍA. ¡Ánimas del purgatorio!

¿Vos don Juan?

JUAN. ¿Qué te amedrenta,

si a tus ojos se presenta

muy rico don Juan Tenorio? 1405

LUCÍA. Rechina la cerradura.

JUAN. Se asegura.

LUCÍA. ¿Y a mí, quién? ¡Por Belcebú!

JUAN. Tú.

LUCÍA. ¿Y qué me abrirá el camino? 1410

JUAN. Buen tino.

LUCÍA. ¡Bah! Ir en brazos del destino...

JUAN. Dobla el oro.

LUCÍA. Me acomodo.

JUAN. Pues mira cómo de todo

se asegura tu buen tino. 1415

LUCÍA. Dadme algún tiempo, ¡pardiez!

JUAN. A las diez.

LUCÍA. ¿Dónde os busco, o vos a mí?

JUAN. Aquí.

LUCÍA. ¿Conque estaréis puntual, eh? 1420

JUAN. Estaré.

LUCÍA. Pues yo una llave os traeré.

JUAN. Y yo otra igual cantidad.

LUCÍA. No me faltéis.

JUAN. No en verdad;

a las diez aquí estaré. 1425

Adiós, pues, y en mí te fía.

LUCÍA. Y en mí el garboso galán.

JUAN. Adiós, pues, franca Lucía.

LUCÍA. Adiós, pues, rico don Juan.

(LUCÍA cierra la ventana. CIUTTI se acerca a DON JUAN a una seña de éste.)

Escena XII

DON JUAN, CIUTTI

JUAN. (Riéndose.)

Con oro nada hay que falle: 1430

Ciutti ya sabes mi intento:

a las nueve en el convento;

a las diez, en esta calle. (Vanse.)

Acto tercero

Profanación

Celda de DOÑA INÉS. Puerta en el fondo y a la izquierda

Escena primera

DOÑA INÉS. la ABADESA

INÉS. ¿Conque me habéis entendido?

ABAD. Sí, señora.

INÉS. Está muy bien; 1435

ABAD. la voluntad decisiva

de vuestro padre tal es.

Sois joven, cándida y buena;

vivido en el claustro habéis

casi desde que nacisteis; 1440

y para quedar en él

atada con santos votos

para siempre, ni aún tenéis,

como otras, pruebas difíciles

ni penitencias que hacer. 1445

¡Dichosa mil veces vos!

que no conociendo el mundo,
no le debéis de temer.
¡Dichosa vos, que del claustro 1450
al pisar en el dintel,
no os volveréis a mirar
lo que tras vos dejaréis!
Y los mundanos recuerdos
del bullicio y del placer 1455
no os turbarán tentadores
del ara santa a los pies;
pues ignorando lo que hay
tras esa santa pared,

Mansa paloma enseñada

jamás apeteceréis.

lo que tras ella se queda

Dichosa, sí, doña Inés,

en las palmas a comer

del dueño que la ha criado

en doméstico vergel,

no habiendo salido nunca

de la protectora red,

no ansiareis nunca las alas

1460

1465

por el espacio tender.

Lirio gentil, cuyo tallo

1470

mecieron sólo tal vez

las embalsamadas brisas

del más florecido mes.

aquí a los besos del aura

vuestro cáliz abriréis,

1475

y aquí vendrán vuestras hojas

tranquilamente a caer.

Y en el pedazo de tierra

que abarca nuestra estrechez,

1480

y en el pedazo de cielo que por las rejas se ve,

vos no veréis más que un lecho

do en dulce sueño yacer,

y un velo azul suspendido

a las puertas del Edén.

1485

¡Ay! En verdad que os envidio,

venturosa doña Inés,

con vuestra inocente vida,

la virtud del no saber.

¿Mas por qué estáis cabizbaja?

1490

¿Por qué no me respondéis

como otras veces, alegre,

cuando en lo mismo os hablé?

¿Suspiráis?... ¡Oh!, ya comprendo:

de vuelta aquí hasta no ver

1495

a vuestra aya, estáis inquieta;

pero nada receléis.

A casa de vuestro padre

fue casi al anochecer,

1500

y abajo en la portería estará: yo os la enviaré.

que estoy de vela esta noche.

Conque, vamos, doña Inés,

recogeos, que ya es hora:

1505

mal ejemplo no me deis

que duermen ya: hasta después.

a las novicias, que ha tiempo

INÉS. Id con Dios, madre abadesa.

ABAD. Adiós, hija.

Escena II

DOÑA INÉS

Ya se fue.

No sé qué tengo, ;ay de mí!, 1510 que en tumultuoso tropel mil encontradas ideas me combaten a la vez. Otras noches complacida 1515 sus palabras escuché; y de esos cuadros tranquilos que sabe pintar tan bien, de esos placeres domésticos la dichosa sencillez y la calma venturosa, 1520 me hicieron apetecer la soledad de los claustros y su santa rigidez. Mas hoy la oí distraída, y en sus pláticas hallé, 1525

si no enojosos discursos

a lo menos aridez.

Y no sé por qué al decirme

que podría acontecer

que se acelerase el día 1530

de mi profesión, temblé;

y sentí del corazón

acelerarse el vaivén,

y teñírseme el semblante

de amarilla palidez. 1535

¡Ay de mí...! ¡Pero mi dueña,

dónde estará...! Esa mujer

con sus pláticas al cabo

me entretiene alguna vez.

Y hoy la echo menos... acaso 1540

porque la voy a perder,

que en profesando es preciso

renunciar a cuanto amé.

Mas pasos siento en el claustro;

joh!, reconozco muy bien 1545

sus pisadas... Ya está aquí.

BRÍG.

donde los libros son gratis

Escena III

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

BRÍG Buenas noches, doña Inés. INÉS. ¿Cómo habéis tardado tanto? BRÍG. Voy a cerrar esta puerta. INÉS. Hay orden de que esté abierta. 1550 BRÍG. Eso es muy bueno y muy santo para las otras novicias que han de consagrarse a Dios, no, doña Inés, para vos. INÉS. Brígida, ¿no ves que vicias 1555 las reglas del monasterio que no permiten...? BRÍG. ¡Bah!, ¡bah! Más seguro así se está, y así se habla sin misterio ni estorbos: ¿habéis mirado 1560 el libro que os he traído? INÉS. ¡Ay!, se me había olvidado.

¡Pues me hace gracia el olvido!

INÉS.	¡Como la madre abadesa	
	se entró aquí inmediatamente!	1565
BRÍG.	¡Vieja más impertinente!	
INÉS.	¿Pues tanto el libro interesa?	
BRÍG.	¡Vaya si interesa! Mucho.	
	¿Pues quedó con poco afán	
	el infeliz!	
INÉS.	¿Quién?	
BRÍG.	Don Juan.	1570
INÉS.	¡Válgame el cielo! ¡Qué escucho!	
	¿Es don Juan quien me le envía?	
BRÍG.	Por supuesto.	
INÉS.	¡Oh! Yo no debo	
	Tomarle.	
BRÍG.	¡Pobre mancebo!	
	Desairarle así, sería	1575
	Matarle.	
INÉS.	¿Qué estás diciendo?	
BRÍG.	Si ese horario no tomáis,	
	tal pesadumbre le dais	
	que va a enfermar; lo estoy viendo.	
INÉS.	¡Ah! No, no: de esa manera,	1580

le tomaré.

BRÍG. Bien haréis.

INÉS. ¡Y qué bonito es!

BRÍG. Ya veis;

quien quiere agradar, se esmera.

INÉS. Con sus manecillas de oro.

¡Y cuidado que está prieto! 1585

A ver, a ver si completo

Contiene el rezo del coro.

(Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.)

Mas, ¿qué cayó?

BRÍG. Un papelito.

INÉS. Una carta!

BRÍG. Claro está;

en esa carta os vendrá 1590

ofreciendo el regalito.

INÉS. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?

BRÍG. ¡Vaya, que sois inocente!

Pues que os feria, es consiguiente

que la carta será de él. 1595

INÉS. ¡Ay, Jesús!

BRÍG. ¿Qué es lo que os da?

INÉS. Nada, Brígida, no es nada.

BRÍG. No, no; si estáis inmutada.

(Ya presa en la red está.)

¿Se os pasa?

INÉS. Sí.

BRÍG. Eso habrá sido 1600

cualquier mareíllo vano.

INÉS. ¡Ay! Se me abrasa la mano

con que el papel he cogido.

BRÍG. Doña Inés, ¡válgame Dios!

Jamás os he visto así: 1605

estáis trémula.

INÉS. ¡Ay de mí!

BRÍG. ¿Qué es lo que pasa por vos?

INÉS. No sé... El campo de mi mente

Siento que cruzan perdidas

mil sombras desconocidas 1610

que me inquietan vagamente;

y ha tiempo al alma me dan

con su agitación tortura.

BRÍG. ¿Tiene alguna, por ventura,

	el semblante de don Juan?	1615
INÉS.	No sé: desde que le vi,	
	Brígida mía, y su nombre	
	me dijiste, tengo a ese hombre	
	Siempre delante de mí.	
	Por doquiera me distraigo	1620
	con su agradable recuerdo,	
	y si un instante le pierdo,	
	en su recuerdo recaigo.	
	No sé qué fascinación	
	en mis sentidos ejerce,	1625
	que siempre hacia él se me tuerce	
	la mente y el corazón:	
	y aquí y en el oratorio,	
	y en todas partes, advierto	
	que el pensamiento divierto	1630
	con la imagen de Tenorio.	
BRÍG.	¡Válgame Dios! DoñaInés,	
	según lo vais explicando,	
	tentaciones me van dando	
	de creer que eso amor es.	1635

INÉS. ¡Amor has dicho!

BRÍG. Sí, amor.

INÉS. No, de ninguna manera.

BRÍG. Pues por amor lo entendiera

el menos entendedor;

mas vamos la carta a ver: 1640

¿en qué os paráis? ¿Un suspiro?

INÉS. ¡Ay!, que cuanto más la miro,

menos me atrevo a leer.

(Lee.)

«DoñaInés del alma mía.»

¡Virgen Santa, qué principio! 1645

BRÍG. Vendrá en verso, y será un ripio

que traerá la poesía.

Vamos, seguid adelante.

INÉS. (Lee.)

«Luz de donde el sol la toma.

hermosísima paloma 1650

privada de libertad,

si os dignáis por estas letras

pasar vuestros lindos ojos,

no los tornéis con enojos

sin concluir, acabad.» 1655 BRÍG. ¡Qué humildad! ¡Y que finura! ¿Dónde hay mayor rendimiento? INÉS. Brígida, no sé qué siento. BRIG. Seguid, seguid la lectura. INÉS. (Lee.) «Nuestros padres de consuno 1660 nuestras bodas acordaron, porque los cielos juntaron los destinos de los dos. Y halagado desde entonces con tan risueña esperanza, 1665 mi alma, doña Inés, no alcanza otro porvenir que vos. De amor con ella en mi pecho brotó una chispa ligera, que han convertido en hoguera 1670 tiempo y afición tenaz: y esta llama que en mí mismo

se alimenta inextinguible,

cada día más terrible

	va creciendo y más voraz.»	1675
BRÍG.	Es claro; esperar le hicieron	
	en vuestro amor algún día,	
	y hondas raíces tenía	
	cuando a arrancársele fueron.	
	Seguid.	
INÉS.	(Lee.) «En vano a apagarla	1680
	concurren tiempo y ausencia,	
	que doblando su violencia,	
	no hoguera ya, volcán es.	
	Y yo, que en medio del cráter	
	desamparado batallo,	1685
	suspendido en él me hallo	
	entre mi tumba y mi Inés.»	
BRÍG.	¿Lo veis, Inés? Si ese horario	
	le despreciáis, al instante	
	le preparan el sudario.	1690
INÉS.	Yo desfallezco.	
BRÍG.	Adelante.	
INÉS.	(Lee.)	
	«Inés, alma de mi alma,	
	perpetuo imán de mi vida,	

BRÍG.

INÉS.

perla sin concha escondida	
entre las algas del mar;	1695
garza que nunca del nido	
tender osastes el vuelo,	
el diáfano azul del cielo	
para aprender a cruzar:	
si es que a través de esos muros	1700
el mundo apenada miras,	
y por el mundo suspiras	
de libertad con afán,	
acuérdate que al pie mismo	
de esos muros que te guardan,	1705
para salvarte te aguardan	
los brazos de tu don Juan.»	
(Representa.)	
¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!	
que me estoy viendo morir?	
(Ya tragó todo el anzuelo.)	1710
Vamos, que está al concluir.	
(Lee.)	
«Acuérdate de quien llora	

1715

al pie de tu celosía

y allí le sorprende el día

y le halla la noche allí;

acuérdate de quien vive

sólo por ti, ¡vida mía!

y que a tus pies volaría

si le llamaras a ti.»

BRÍG. ¿Lo veis? Vendría.

INÉS. ¡Vendría! 1720

BRÍG. A postrarse a vuestros pies.

INÉS. ¿Puede?

BRÍG. ¡Oh!, sí.

INÉS. ¡Virgen María!

BRÍG. Pero acabad, doña Inés.

INÉS. (Lee.)

«Adiós, ¡oh luz de mis ojos!

Adiós, Inés de mi alma: 1725

medita, por Dios, en calma

las palabras que aquí van:

y si odias esa clausura,

que ser tu sepulcro debe,

manda, que a todo se atreve 1730

por tu hermosura don Juan.»

(Representa DOÑA INÉS.)

¡Ay! ¿Qué filtro envenenado

me dan en este papel,

que el corazón desgarrado

me estoy sintiendo con él? 1735

¿Qué sentimientos dormidos

son los que revela en mí?

¿Qué impulsos jamás sentidos?

¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?

¿Qué es lo que engendra en mi alma 1740

tan nuevo y profundo afán?

¿Quién roba la dulce calma

de mi corazón?

BRÍG. Don Juan.

INÉS. ¡Don Juan dices...! ¿Conque ese hombre

me ha de seguir por doquier?

¿Sólo he de escuchar su nombre?

¿Sólo su sombra he de ver?

¡Ah! Bien dice: juntó el cielo

los destinos de los dos,

1745

y en mi alma engendró este anhelo

1750

fatal.

(Se oyen dar las ánimas.)

BRÍG. ¡Silencio, por Dios!

INÉS. ¿Qué?

BRÍG. Silencio!

INÉS. Me estremeces.

BRÍG. ¿Oís, doña Inés, tocar?

INÉS. Sí, lo mismo que otras veces

las ánimas oigo dar. 1755

BRÍG. Pues no habléis de él.

INÉS. ¡Cielo santo!

¿De quién?

BRÍG. ¿De quién ha de ser?

De ese don Juan que amáis tanto,

Porque puede aparecer.

INÉS. ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hombre 1760

llegar hasta aquí?

BRÍG. Quizá.

Porque el eco de su nombre

tal vez llega adonde está.

INÉS. ¡Cielos! ¿Y podrá?...

1765

BRÍG. ¿Quién sabe?

INÉS. ¿Es un espíritu, pues?

BRÍG. No, mas si tiene una llave...

INÉS. ¡Dios!

BRÍG. Silencio, doña Inés:

¿no oís pasos?

INÉS. ¡Ay! Ahora

nada oigo.

BRÍG. Las nueve dan.

Suben...,se acercan... Señora... 1770

Ya está aquí.

INÉS. ¿Quién?

BRÍG. Él.

INÉS. ¡Don Juan!

Escena IV

DOÑA INÉS, DON JUAN, BRÍGIDA

INÉS. ¿Qué es esto? Sueño..., deliro.

JUAN. ¡Inés de mi corazón!

INÉS. ¿Es realidad lo que miro,

o es una fascinación...?

Tenedme.... apenas respiro...

Sombra.... huye por compasión.

¡Ay de mí...!

(Desmáyase DOÑA INÉS y DON JUAN la sostiene. La carta de DON JUAN queda en el suelo abandonada por DOÑA INÉS al desmayarse.)

BRÍG. La ha fascinado

vuestra repentina entrada,

y el pavor la ha trastornado. 1780

JUAN. Mejor: así nos ha ahorrado

la mitad de la jornada.

¡Ea! No desperdiciemos

el tiempo aquí en contemplarla,

si perdernos no queremos. 1785

En los brazos a tomarla

voy, y cuanto antes, ganemos

ese claustro solitario.

BRÍG. ¡Oh, vais a sacarla así!

JUAN. Necia, ¿piensas que rompí 1790

la clausura, temerario,

para dejármela aquí?

Mi gente abajo me espera:

sígueme.

BRÍG. ¡Sin alma estoy!

¡Ay! Este hombre es una fiera;

1795

nada le ataja ni altera...

Sí, sí; a su sombra me voy.

Escena V

LA ABADESA

Jurara que había oído

por estos claustros andar:

hoy a doña Inés velar 1800

algo más la he permitido.

Y me temo... Mas no están

aquí. ¿Qué pudo ocurrir

a las dos, para salir

de la celda? ¿Dónde irán? 1805

¡Hola! Yo las ataré

corto para que no vuelvan

a enredar, y me revuelvan

a las novicias..., sí a fe.

Mas siento por allá fuera 1810

pasos. ¿Quién es?

Escena VI

LA ABADESA, LA TORNERA

TORN. Yo, señora.

ABAD. ¡Vos en el claustro a esta hora!

¿Qué es esto, hermana tornera?

TORN. Madre abadesa, os buscaba.

ABAD. ¿Qué hay? Decid.

TORN. Un noble anciano 1815

quiere hablaros.

ABAD. Es en vano.

TORN. Dice que es de Calatrava

caballero; que sus fueros

le autorizan a este paso,

y que la urgencia del caso 1820

le obliga al instante a veros.

ABAD. ¿Dijo su nombre?

TORN. El señor

don Gonzalo de Ulloa.

ABAD. ¿Qué

puede querer...? Abralé,

hermana: es comendador

1825

de la Orden, y derecho

tiene en el claustro de entrada.

Escena VII

LA ABADESA

¿A una hora tan avanzada

venir así...? No sospecho

qué pueda ser..., mas me place,

pues no hallando a su hija aquí,

la reprenderá, y así

mirará otra vez lo que hace.

Escena VIII

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA, a la puerta

GONZ. Perdonad, madre abadesa,

que en hora tal os moleste;

1835

1830

mas para mí, asunto es éste

que honra y vida me interesa.

ABAD. ¡Jesús!

GONZ. Oíd.

ABAD. Hablad, pues.

GONZ. Yo guardé hasta hoy un tesoro

de más quilates que el oro, 1840

y ese tesoro es mi Inés.

ABAD. A propósito.

GONZ. Escuchad.

Se me acaba de decir

que han visto a su dueña ir

ha poco por la ciudad 1845

hablando con un criado

que un don Juan, de tal renombre,

que no hay en la tierra otro hombre

tan audaz y tan malvado.

En tiempo atrás se pensó 1850

con él a mi hija casar,

y hoy, que se la fui a negar,

robármela me juró.

Que por el torpe doncel

ganada la dueña está, 1855

no puedo dudarlo ya:

debo, pues, guardarme de él.

Y un día, una hora quizás de imprevisión, le bastara para que mi honor manchara 1860 a ese hijo de Satanás. He aquí mi inquietud cuál es: por la dueña, en conclusión, vengo: vos la profesión abreviad de doña Inés. 1865 ABAD. Sois padre, y es vuestro afán muy justo, comendador; mas ved que ofende a mi honor. No sabéis quién es don Juan. GONZ. ABAD. Aunque le pintáis tan malo, 1870 yo os puedo decir de mí, que mientras Inés esté aquí, segura está, don Gonzalo. GONZ. Lo creo: mas las razones abreviemos: entregadme 1875 a esa dueña, y perdonadme mis mundanas opiniones.

Si vos de vuestra virtud

	me respondéis, yo me fundo	
	en que conozco del mundo	1880
	la insensata juventud.	
ABAD.	Se hará como lo exigís.	
	Hermana tornera, id, pues,	
	a buscar a doña Inés	
	y a su dueña. (Vase LA TORNERA.)	
GONZ.	¿Qué decís,	1885
	señora? O traición me ha hecho	
	mi memoria, o yo sé bien	
	que ésta es hora de que estén	
	ambas a dos en su lecho.	
ABAD.	Ha un punto sentí a las dos	1890
	salir de aquí, no sé a qué.	
GONZ.	¡Ay! Por qué tiemblo no sé.	
	¡Mas qué veo, santo Dios!	
	Un papel, me lo decía	
	a voces mi mismo afán.	1895
	(Leyendo.)	
	«DoñaInés del alma mía»	
	Y la firma de don Juan.	
	Ved, ved, esa prueba escrita.	

Leed ahí... ¡Oh! Mientras que vos

por ella rogáis a Dios

1900

viene el diablo y os la quita.

Escena IX

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA

TORN. Señora...

ABAD. ¿Qué es?

TORN. Vengo muerta.

GONZ. Concluid.

TORN. No acierto a hablar...

He visto a un hombre saltar

por las tapias de la huerta. 1905

GONZ. ¿Veis? Corramos: ¡ay de mí!

ABAD. ¿Dónde vais, comendador?

GONZ. ¡Imbécil!, tras de mi honor,

que os roban a vos de aquí.

Acto cuarto

El Diablo a las puertas del Cielo

Quinta de don Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcón en el fondo. Dos puertas a cada lado

Escena primera

BRÍGIDA, CIUTTI

BRÍG ¡Qué noche, válgame Dios! 1910 A poderlo calcular no me meto yo a servir a tan fogoso galán. ¡Ay, Ciutti! Molida estoy; no me puedo menear. 1915 CIUT. ¿Pues qué os duele? BRÍG. Todo el cuerpo y toda el alma además. ¡Ya! No estáis acostumbrada CIUT. al caballo, es natural. BRÍG. Mil veces pensé caer. 1920 ¡uf!, ¡qué mareo!, ¡qué afán! Veía yo unos tras otros ante mis ojos pasar

	los árboles como en alas	
	llevados de un huracán,	1925
	tan apriesa y produciéndome	
	ilusión tan infernal,	
	que perdiera los sentidos	
	si tardamos en parar.	
CIUT.	Pues de estas cosas veréis,	1930
	si en esta casa os quedáis,	
	lo menos seis por semana.	
BRÍG.	¡Jesús!	
CIUT.	¿Y esa niña está	
	reposando todavía?	
BRÍG.	¿Y a qué se ha de despertar?	1935
CIUT.	Sí, es mejor que abra los ojos	
	en los brazos de don Juan.	
BRÍG.	Preciso es que tu amo tenga	
	algún diablo familiar.	
CIUT.	Yo creo que sea él mismo	1940
	un diablo en carne mortal	
	porque a lo que él, solamente	
	se arrojara Satanás.	

BRÍG.	¡Oh! ¡El lance ha sido extremado!	
CIUT.	Pero al fin logrado está.	1945
BRÍG.	¡Salir así de un convento	
	en medio de una ciudad	
	como Sevilla!	
CIUT.	Es empresa	
	tan sólo para hombre tal.	
	Mas, ¡qué diablos!, si a su lado	1950
	la fortuna siempre va,	
	y encadenado a sus pies	
	duerme sumiso el azar.	
BRÍG.	Sí, decís bien.	
CIUT.	No he visto hombre	
	de corazón más audaz;	1955
	ni halla riesgo que le espante,	
	ni encuentra dificultad	
	que al empeñase en vencer	
	le haga un punto vacilar.	
	A todo osado se arroja,	1960
	de todo se ve capaz,	
	ni mira dónde se mete,	
	ni lo pregunta jamás.	

Allí hay un lance, le dicen;

y él dice: «Allá va don Juan.»

1965

¡Mas ya tarda, vive Dios!

BRÍG. Las doce en la catedral

han dado ha tiempo.

CIUT. Y de vuelta

debía a las doce estar.

BRÍG. ¿Pero por qué no se vino

1970

con nosotros?

CIUT. Tiene allá

en la ciudad todavía

cuatro cosas que arreglar.

BRÍG. ¿Para el viaje?

CIUT Por supuesto;

aunque muy fácil será

1975

que esta noche a los infiernos

le hagan a él mismo viajar.

BRÍG. ¡Jesús, qué ideas!

CIUT. Pues digo:

¿son obras de caridad

en las que nos empleamos,

1980

para mejor esperar?

Aunque seguros estamos

como vuelva por acá.

BRÍG. ¿De veras, Ciutti?

CIUT. Venid

a este balcón, y mirad. 1985

¿Qué veis?

BRÍG. Veo un bergantín

que anclado en el río está.

CIUT. Pues su patrón sólo aguarda

las órdenes de don Juan,

y salvos, en todo caso, 1990

a Italia nos llevará.

BRIG. ¿Cierto?

CIUT. Y nada receléis

por vuestra seguridad;

que es el barco más velero

que boga sobre la mar.

BRÍG. ¡Chist! Ya siento a doña Inés.

CIUT. Pues yo me voy, que don Juan

encargó que sola vos

debíais con ella hablar.

1995

BRÍG. Y encargó bien, que yo entiendo 2000

de esto.

CIUT. Adiós, pues.

BRÍG. Vete en paz.

Escena II

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

INÉS. Dios mío, ¡cuánto he soñado!

Loca estoy: ¿qué hora será?

¿Pero qué es esto, ay de mí?

No recuerdo que jamás 2005

haya visto este aposento.

¿Quién me trajo aquí?

BRÍG. Don Juan.

INÉS. Siempre don Juan..., ¿mas conmigo

aquí tú también estás,

Brígida?

BRÍG. Sí, doña Inés. 2010

INÉS. Pero dime, en caridad,

¿dónde estamos? ¿Este cuarto

es del convento?

BRÍG.	No tal:	
	aquello era un cuchitril	
	en donde no había más	2015
	que miseria.	
INÉS.	Pero, en fin,	
	¿en dónde estamos?	
BRÍG.	Mirad,	
	mirad por este balcón,	
	y alcanzaréis lo que va	
	desde un convento de monjas	2020
	a una quinta de don Juan.	
INÉS.	¿Es de don Juan esta quinta?	
BRÍG.	Y creo que vuestra ya.	
INÉS.	Pero no comprendo, Brígida,	
	lo que hablas.	
BRÍG.	Escuchad.	2025
	Estabais en el convento	
	leyendo con mucho afán	
	una carta de don Juan,	
	cuando estalló en un momento	
	un incendio formidable.	2030
INÉS.	¡Jesús!	

BRÍG. Espantoso, inmenso;

el humo era ya tan denso,

que el aire se hizo palpable.

INÉS. Pues no recuerdo...

BRÍG. Las dos

con la carta entretenidas, 2035

olvidamos nuestras vidas,

yo oyendo, y leyendo vos.

Y estaba, en verdad, tan tierna,

que entrambas a su lectura

achacamos la tortura 2040

que sentíamos interna.

Apenas ya respirar

podíamos, y las llamas

prendían ya en nuestras camas

nos íbamos a asfixiar, 2045

cuando don Juan, que os adora,

y que rondaba el convento,

al ver crecer con el viento

la llama devastadora,

con inaudito valor, 2050

2055

viendo que ibais a abrasaros,

se metió para salvaros,

por donde pudo mejor.

Vos, al verle así asaltar

la celda tan de improviso,

os desmavasteis..., preciso;

la cosa era de esperar.

Y él, cuando os vio caer así,

en sus brazos os tomó

y echó a huir; yo le seguí, 2060

y del fuego nos sacó.

¿Dónde íbamos a esta hora?

Vos seguíais desmayada,

yo estaba ya casi ahogada.

Dijo, pues: «Hasta la aurora 2065

en mi casa las tendré.»

Y henos, doña Inés, aquí.

INÉS. ¿Conque ésta es su casa?

BRÍG. Sí.

INÉS. Pues nada recuerdo, a fe.

Pero..., jen su casa...! jOh! Al punto 2070

salgamos de ella.... yo tengo

la de mi padre.

BRÍG. Convengo

con vos; pero es el asunto...

INÉS. ¿Qué?

BRÍG. Que no podemos ir.

INÉS. Oír tal me maravilla. 2075

BRIG. Nos aparta de Sevilla...

INÉS. ¿Quién?

BRÍG. Vedlo, el Guadalquivir.

INÉS. ¿No estamos en la ciudad?

BRÍG. A una legua nos hallamos

de sus murallas.

INÉS. ¡Oh! ¡Estamos 2080

perdidas!

BRÍG. No sé, en verdad,

por qué!

INÉS. Me estás confundiendo,

Brígida..., y no sé qué redes

son las que entre estas paredes

temo que me estás tendiendo. 2085

Nunca el claustro abandoné,

ni sé del mundo exterior

los usos: mas tengo honor.

Noble soy, Brígida, y sé

que la casa de don Juan 2090

no es buen sitio para mí:

me lo está diciendo aquí

no sé qué escondido afán.

Ven, huyamos.

BRÍG. Doña Inés,

la existencia os ha salvado. 2095

INÉS. Sí, pero me ha envenenado

el corazón.

BRÍG ¿Le amáis, pues?

INÉS. No sé ..., mas, por compasión,

huyamos pronto de ese hombre,

tras de cuyo solo nombre 2100

se me escapa el corazón.

¡Ah! Tú me diste un papel

de mano de ese hombre escrito,

y algún encanto maldito

me diste encerrado en él. 2105

Una sola vez le vi

por entre unas celosías, y que estaba, me decías, en aquel sitio por mí.

Tú, Brígida, a todas horas 2110

me venías de él a hablar,

haciéndome recordar

sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba

para mío destinado 2115

por mi padre..., y me has jurado

en su nombre que me amaba.

¿Que le amo, dices?... Pues bien,

si esto es amar, sí, le amo;

pero yo sé que me infamo 2120

con esa pasión también.

Y si el débil corazón

se me va tras de don Juan,

tirándome de él están

mi honor y mi obligación. 2125

Vamos, pues; vamos de aquí

primero que ese hombre venga;

pues fuerza acaso no tenga	
si le veo junto a mí.	
Vamos, Brígida.	
Esperad	2130
¿No oís?	
¿Qué?	
Ruido de remos.	
Sí, dices bien; volveremos	
en un bote a la ciudad.	
Mirad, mirad, doña Inés,	
Acaba, por Dios, partamos.	2135
Ya imposible que salgamos.	
¿Por qué razón?	
Porque él es	
quien en ese barquichuelo	
se adelanta por el río.	
¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!	2140
Ya llegó, ya está en el suelo.	
Sus gentes nos volverán	
a casa: mas antes de irnos,	
es preciso despedirnos	
a lo menos de don Juan.	2145
	si le veo junto a mí. Vamos, Brígida. Esperad ¿No oís? ¿Qué? Ruido de remos. Sí, dices bien; volveremos en un bote a la ciudad. Mirad, mirad, doña Inés, Acaba, por Dios, partamos. Ya imposible que salgamos. ¿Por qué razón? Porque él es quien en ese barquichuelo se adelanta por el río. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío! Ya llegó, ya está en el suelo. Sus gentes nos volverán a casa: mas antes de irnos, es preciso despedirnos

INÉS. Sea, y vamos al instante.

No quiero volverle a ver.

BRÍG. (Los ojos te hará volver

el encontrarle delante.)

Vamos.

INÉS. Vamos.

CIUT. (Dentro.) Aquí están. 2150

JUAN. (Ídem.)

Alumbra.

BRÍG. ¡Nos busca!

INÉS. Él es.

Escena III

DICHOS, DON JUAN

JUAN. ¿A dónde vais, doña Inés?

INÉS. Dejadme salir, don Juan.

JUAN. ¿Que os deje salir?

BRÍG. Señor,

sabiendo ya el accidente 2155

del fuego, estará impaciente

por su hija el comendador.

JUAN. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado

por don Gonzalo, que ya

dormir tranquilo le hará 2160

el mensaje que le he enviado.

INÉS. ¿Le habéis dicho...?

JUAN. Que os hallabais

bajo mi amparo segura,

y el aura del campo pura,

libre, por fin, respirabais. 2165

¡Cálmate, pues, vida mía!

Reposa aquí; y un momento

olvida de tu convento

la triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor, 2170

que en esta apartada orilla

más pura la luna brilla

y se respira mejor?

Esta aura que vaga, llena

de los sencillos olores 2175

de las campesinas flores

que brota esa orilla amena;

esa agua limpia y serena

que atraviesa sin temor	
la barca del pescador	2180
que espera cantando el día,	
¿no es cierto, paloma mía,	
que están respirando amor?	
Esa armonía que el viento	
recoge entre esos millares	2185
de floridos olivares,	
que agita con manso aliento;	
ese dulcísimo acento	
con que trina el ruiseñor	
de sus copas morador,	2190
llamando al cercano día,	
¿no es verdad, gacela mía,	
que están respirando amor?	
Y estas palabras que están	
filtrando insensiblemente	2195
tu corazón, ya pendiente	
de los labios de don Juan,	
y cuyas ideas van	
inflamando en su interior	

un fuego germinador	2200
no encendido todavía,	
¿no es verdad, estrella mía,	
que están respirando amor?	
Y esas dos líquidas perlas	
que se desprenden tranquilas	2205
de tus radiantes pupilas	
convidándome a beberlas,	
evaporarse, a no verlas,	
de sí mismas al calor;	
y ese encendido color	2210
que en tu semblante no había,	
¿no es verdad, hermosa mía,	
que están respirando amor?	
¡Oh! Sí. bellísima Inés,	
espejo y luz de mis ojos;	2215
escucharme sin enojos,	
como lo haces, amor es:	
mira aquí a tus plantas, pues,	
todo el altivo rigor	
de este corazón traidor	2220
que rendirse no creía,	

adorando vida mía,

la esclavitud de tu amor.

INÉS. Callad, por Dios, joh, don Juan!,

que no podré resistir 2225

mucho tiempo sin morir,

tan nunca sentido afán.

¡Ah! Callad, por compasión,

que oyéndoos, me parece

que mi cerebro enloquece, 2230

y se arde mi corazón.

¡Ah! Me habéis dado a beber

un filtro infernal sin duda,

que a rendiros os ayuda

la virtud de la mujer. 2235

Tal vez poseéis, don Juan,

un misterioso amuleto,

que a vos me atrae en secreto

como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos 2240

su vista fascinadora,

su palabra seductora,

JUAN.

y el amor que negó a Dios.	
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,	
sino caer en vuestros brazos,	2245
si el corazón en pedazos	
me vais robando de aquí?	
No, don Juan, en poder mío	
resistirte no está ya:	
yo voy a ti, como va	2250
sorbido al mar ese río.	
Tu presencia me enajena,	
tus palabras me alucinan,	
y tus ojos me fascinan,	
y tu aliento me envenena.	2255
¡Don Juan!, ¡don Juan!, yo lo imploro	
de tu hidalga compasión	
o arráncame el corazón,	
o ámame, porque te adoro.	
¡Alma mía! Esa palabra	2260
cambia de modo mi ser,	
que alcanzo que puede hacer	
hasta que el Edén se me abra.	
No es, doña Inés, Satanás	

INÉS.

JUAN.

quien pone este amor en mí:	2265
es Dios, que quiere por ti	
ganarme para él quizás	
No; el amor que hoy se atesora	
en mi corazón mortal,	
no es un amor terrenal	2270
como el que sentí hasta ahora;	
no es esa chispa fugaz	
que cualquier ráfaga apaga;	
es incendio que se traga	
cuanto ve, inmenso voraz.	2275
Desecha, pues, tu inquietud,	
bellísima doña Inés,	
porque me siento a tus pies	
capaz aún de la virtud.	
Sí; iré mi orgullo a postrar	2280
ante el buen comendador,	
y o habrá de darme tu amor,	
o me tendrá que matar,	
¡Don Juan de mi corazón!	
¡Silencio! ¿Habéis escuchado?	2285

2290

INÉS. ¿Qué?

JUAN. Sí, una barca ha atracado

(Mira por el balcón.)

debajo de ese balcón,

Un hombre embozado de ella

salta... Brígida, al momento

pasad a ese otro aposento,

y perdonad, Inés bella,

si solo me importa estar.

INÉS. ¿Tardarás?

JUAN. Poco ha de ser.

INÉS. A mi padre hemos de ver.

JUAN. Sí, en cuanto empiece a clarear. 2295

Adiós.

Escena IV

DON JUAN, CIUTTI

CIUT. ¿Señor?

JUAN. ¿Qué sucede,

Ciutti?

CIUT. Ahí está un embozado

en veros muy empeñado.

JUAN. ¿Quién es?

CIUT. Dice que no puede

descubrirse más que a vos, 2300

y que es cosa de tal priesa,

que en ella se os interesa

la vida a entrambos a dos.

JUAN. ¿Y en él no has reconocido

marca ni seña alguna 2305

que nos oriente?

CIUT. Ninguna;

mas a veros decidido

viene.

JUAN. ¿Trae gente?

CIUT. No más

que los remeros del bote.

JUAN. Que entre.

Escena V

DON JUAN; luego CIUTTI Y DON LUIS embozado

JUAN. ¡Jugamos a escote 2310

la vida...! Mas ¿si es quizás

un traidor que hasta mi quinta

me viene siguiendo el paso?

Hálleme, pues, por si acaso

con las armas en la cinta.

2315

(Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas que habrá colocado sobre la mesa a su salida en la escena tercera. Al momento sale CIUTTI conduciendo a DON LUIS que, embozado hasta los ojos, espera a que se queden solos. DON JUAN hace a CIUTTI una seña para que se retire. Lo hace.)

Escena VI

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. (Buen talante.) Bien venido,

caballero.

LUIS. Bien hallado,

señor mío.

JUAN. Sin cuidado

hablad.

LUIS. Jamás lo he tenido.

JUAN. Decid, pues: ¿a qué venís 2320

a esta hora y con tal afán?

LUIS. Vengo a mataros, don Juan.

JUAN. Según eso, sois don Luis.

LUIS.	No os engañó el corazón,	
	y el tiempo no malgastemos,	2325
	don Juan los dos no cabemos	
	ya en la tierra.	
JUAN.	En conclusión,	
	señor Mejía, ¿es decir,	
	que porque os gané la apuesta	
	queréis que acabe la fiesta	2330
	con salirnos a batir?	
LUIS.	Estáis puesto en la razón:	
	la vida apostado habemos,	
	y es fuerza que nos paguemos.	
JUAN.	Soy de la misma opinión.	2335
	Mas ved que os debo advertir	
	que sois vos quien la ha perdido.	
LUIS.	Pues por eso os la he traído;	
	mas no creo que morir	
	deba nunca un caballero	2340
	que lleva en el cinto espada,	
	como una res destinada	
	por su dueño al matadero.	

JUAN.	Ni yo creo que resquicio	
	habréis jamás encontrado	2345
	por donde me hayáis tomado	
	por un cortador de oficio.	
LUIS.	De ningún modo; y ya veis	
	que, pues os vengo a buscar,	
	mucho en vos debo fiar.	2350
JUAN.	No más de lo que podéis.	
	Y por mostraros mejor	
	mi generosa hidalguía,	
	decid si aún puedo, Mejía,	
	satisfacer vuestro honor.	2355
	Leal la apuesta os gané;	
	mas si tanto os ha escocido,	
	mirad si halláis conocido	
	remedio, y le aplicaré.	
LUIS.	No hay más que el que os he propuesto,	2360
	don Juan. Me habéis maniatado,	
	y habéis la casa asaltado	
	usurpándome mi puesto;	
	y pues el mío tomasteis	
	para triunfar de doña Ana,	2365

no sois vos, don Juan, quien gana,

porque por otro jugasteis.

JUAN. Ardides del juego son.

LUIS. Pues no os los quiero pasar,

y por ellos a jugar 2370

vamos ahora el corazón.

JUAN. ¿Le arriesgáis, pues, en revancha

de doña Ana de Pantoja?

LUIS. Sí; y lo que tardo me enoja

en lavar tan fea mancha. 2375

Don Juan, yo la amaba, sí;

mas con lo que habéis osado,

imposible la hais dejado

para vos y para mí.

JUAN. ¿Por qué la apostasteis, pues? 2380

LUIS. Porque no pude pensar

que la pudierais lograr.

Y... vamos, por San Andrés,

a reñir, que me impaciento.

JUAN. Bajemos a la ribera. 2385

LUIS. Aquí mismo.

JUAN. Necio fuera:

¿no veis que en este aposento

prendieran al vencedor?

Vos traéis una barquilla.

LUIS. Sí.

JUAN. Pues que lleve a Sevilla

2390

al que quede.

LUIS. Eso es mejor;

salgamos, pues.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido siento.

LUIS. Pues no perdamos momento.

Escena VII

DON JUAN, DON LUIS, CIUTTI

CIUT. Señor, la vida salvad. 2395

JUAN. ¿Qué hay, pues?

CIUT. El comendador

que llega con gente armada.

JUAN. Déjale frança la entrada,

pero a él solo.

CIUT. Mas, señor...

JUAN. Obedéceme. (Vase CIUTTI.)

Escena VIII

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. Don Luis, 2400

pues de mí os habéis fiado

cuanto dejáis demostrado

cuando a mí casa venís,

no dudaré en suplicaros,

pues mi valor conocéis, 2405

que un instante me aguardéis.

LUIS. Yo nunca puse reparos

en valor que es tan notorio,

mas no me fío de vos.

JUAN. Ved que las partes son dos 2410

de la apuesta con Tenorio,

y que ganadas están.

LUIS. ¿Lograsteis a un tiempo...?

JUAN. Sí

la del convento está aquí:

	y pues viene de don Juan	2415
	a reclamarla quien puede,	
	cuando me podéis matar	
	no debo asunto dejar	
	tras mí que pendiente quede.	
LUIS.	Pero mirad que meter	2420
	quien puede el lance impedir	
	entre los dos, puede ser	
JUAN.	¿Qué?	
LUIS.	Excusaros de reñir.	
JUAN.	¡Miserable! De don Juan	
	podéis dudar sólo vos:	2425
	mas aquí entrad, ¡vive Dios!	
	y no tengáis tanto afán	
	por vengaros, que este asunto	
	arreglado con ese hombre	
	don Luis, yo os juro a mi nombre	2430
	que nos batimos al punto.	
LUIS.	Pero	
JUAN.	¡Con una legión	
	de diablos! Entrad aquí;	
	que harta nobleza es en mí	

aún daros satisfacción.

2435

Desde ahí ved y escuchad;

franca tenéis esa puerta.

Si veis mi conducta incierta,

como os acomode obrad.

LUIS. Me avengo, si muy reacio

2440

no andáis.

JUAN. Calculadlo vos

a placer: mas, ¡vive Dios!,

que para todo hay espacio.

(Entra DON LUIS en el cuarto que DON JUAN le señala.)

Ya suben.

(DON JUAN escucha.)

GONZ. (Dentro.)

¿Dónde está?

JUAN. Él es.

Escena IX

DON JUAN, DON GONZALO

GONZ. ¿Adónde está ese traidor?

2445

JUAN. Aquí está, comendador.

GONZ. ¿De rodillas?

JUAN.	Y a tus pies.	
GONZ.	Vil eres hasta en tus crímenes.	
JUAN.	Anciano, la lengua ten,	
	y escúchame un solo instante.	2450
GONZ.	¿Qué puede en tu lengua haber	
	que borre lo que tu mano	
	escribió en este papel?	
	¡Ir a sorprender, ¡infame!,	
	la cándida sencillez	2455
	de quien no pudo el veneno	
	de esas letras precaver!	
	¡Derramar en su alma virgen	
	traidoramente la hiel	
	en que rebosa la tuya,	2460
	seca de virtud y fe!	
	¡Proponerse así enlodar	
	de mis timbres la alta prez,	
	como si fuera un harapo	
	que desecha un mercader!	2465
	¿Ése es el valor, Tenorio,	
	de que blasonas? ¿Ésa es	
	la proverbial osadía	

	que te da al vulgo a temer?	
	¿Con viejos y con doncellas	2470
	la muestras? Y ¿para qué?	
	¡Vive Dios!, para venir	
	sus plantas así a lamer	
	mostrándote a un tiempo ajeno	
	de valor y de honradez.	2475
JUAN.	¡Comendador!	
GONZ.	Miserable,	
	tú has robado a mí hija Inés	
	de su convento, y yo vengo	
	por tu vida, o por mi bien.	
JUAN.	Jamás delante de un hombre	2480
	mi alta cerviz incliné,	
	ni he suplicado jamás,	
	ni a mi padre, ni a mi rey.	
	Y pues conservo a tus plantas	
	la postura en que me ves,	2485
	considera, don Gonzalo,	
	que razón debo tener.	
GONZ.	Lo que tienes es pavor	

2490

de mi justicia.

JUAN. ¡Pardiez!

Óyeme, comendador,

o tenerme no sabré,

y seré quien siempre he sido,

no queriéndolo ahora ser.

GONZ. ¡Vive Dios!

JUAN. Comendador,

yo idolatro a doña Inés, 2495

persuadido de que el cielo

nos la quiso conceder

para enderezar mis pasos

por el sendero del bien.

No amé la hermosura en ella, 2500

ni sus gracias adoré;

lo que adoro es la virtud,

don Gonzalo, en doña Inés.

Lo que justicias ni obispos

no pudieron de mí hacer 2505

con cárceles y sermones,

lo pudo su candidez.

Su amor me torna en otro hombre,

regenerando mi ser, y ella puede hacer un ángel 2510 de quien un demonio fue. Escucha, pues, don Gonzalo, lo que te puede ofrecer el audaz don Juan Tenorio de rodillas a tus pies. 2515 Yo seré esclavo de tu hija, en tu casa viviré, tú gobernarás mi hacienda, diciéndome esto ha de ser. El tiempo que señalares, 2520 en reclusión estaré; cuantas pruebas exigieres de mi audacia o mi altivez, del modo que me ordenares con sumisión te daré: 2525 y cuando estime tu juicio que la puedo merecer, yo la daré un buen esposo y ella me dará el Edén.

GONZ.	Basta, don Juan; no sé cómo	2530
	me he podido contener,	
	oyendo tan, torpes pruebas	
	de tu infame avilantez.	
	Don Juan, tú eres un cobarde	
	cuando en la ocasión te ves,	2535
	y no hay bajeza a que no oses	
	como te saque con bien.	
JUAN.	¡Don Gonzalo!	
GONZ.	Y me avergüenzo	
	de mirarte así a mis pies,	
	lo que apostabas por fuerza	2540
	suplicando por merced.	
JUAN.	Todo así se satisface,	
	don Gonzalo, de una vez.	
GONZ.	¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?	
	Primero la mataré.	2545
	¡Ea! Entrégamela al punto,	
	o sin poderme valer,	
	en esa postura vil	
	el pecho te cruzaré.	
JUAN.	Míralo bien, don Gonzalo;	2550

que vas a hacerme perder

con ella hasta la esperanza

de mi salvación tal vez.

GONZ. ¿Y qué tengo yo, don Juan,

con tu salvación que ver?

JUAN. ¡Comendador, que me pierdes!

GONZ. Mi hija.

JUAN. Considera bien

que por cuantos medios pude

te quise satisfacer;

y que con armas al cinto

2560

2555

tus denuestos toleré,

proponiéndote la paz

de rodillas a tus pies.

Escena X

DICHOS; DON LUIS, soltando una carcajada de burla

LUIS. Muy bien, don Juan.

JUAN. ¡Vive Dios!

GONZ. ¿Quién es ese hombre?

LUIS. Un testigo 2565

de su miedo, y un amigo,

Comendador, para vos.

JUAN. ¡Don Luis!

LUIS. Ya he visto bastante,

don Juan, para conocer

cuál uso puedes hacer 2570

de tu valor arrogante;

y quien hiere por detrás

y se humilla en la ocasión,

es tan vil como el ladrón

que roba y huye.

JUAN. ¿Esto más? 2575

LUIS. Y pues la ira soberana

de Dios junta, como ves,

al padre de doña Inés

y al vengador de doña Ana,

mira el fin que aquí te espera 2580

cuando a igual tiempo te alcanza,

aquí dentro su venganza

y la justicia allá fuera.

GONZ. ¡Oh! Ahora comprendo... ¿Sois vos

el que...?

LUIS.	Soy don Luis Mejía,	2585
	a quien a tiempo os envía	
	por vuestra venganza Dios.	
JUAN.	¡Basta, pues, de tal suplicio!	
	Si con hacienda y honor	
	ni os muestro ni doy valor	2590
	a mi franco sacrificio	
	y la leal solicitud	
	con que ofrezco cuanto puedo	
	tomáis, ¡vive Dios!, por miedo	
	y os mofáis de mi virtud,	2595
	os acepto el que me dais	
	plazo breve y perentorio,	
	para mostrarme el Tenorio	
	de cuyo valor dudáis.	
LUIS.	Sea; y cae a nuestros pies,	2600
	digno al menos de esa fama	
	que por tan bravo te aclama.	
JUAN.	Y venza el infierno, pues.	
	Ulloa, pues mi alma así	
	vuelves a hundir en el vicio,	2605

2610

cuando Dios me llame a juicio,

tú responderás por mí.

(Le da un pistoletazo.)

GONZ. ¡Asesino! (Cae.)

JUAN. Y tú, insensato,

que me llamas vil ladrón,

di en prueba de tu razón

que cara a cara te mato.

(Riñen, y le da una estocada.)

LUIS ¡Jesús! (Cae.)

JUAN. Tarde tu fe ciega

acude al cielo, Mejía,

y no fue por culpa mía;

pero la justicia llega, 2615

y a fe que ha de ver quién soy.

CIUT. (Dentro.)

¿Don Juan?

JUAN. (Asomando al balcón.)

¿Quién es?

CIUT. Por aquí;

salvaos.

JUAN. ¿Hay paso?

CIUT. Sí;

arrojaos.

JUAN. Allá voy.

Llamé al cielo y no me oyó,

2620

y pues sus puertas me cierra,

de mis pasos en la tierra

responda el cielo, y no yo.

(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte; se oyen golpes en las puertas de la habitación, poco después entra la justicia, soldados, etc.)

Escena XI

ALGUACILES, SOLDADOS; luego DOÑA INÉS y BRÍGIDA

ALG.1° El tiro ha sonado aquí.

ALG. 2° Aún hay humo.

ALG. 1° ¡Santo Dios! 2625

Aquí hay un cadáver.

ALG. 2° Dos.

ALG. 1° ¿Y el matador?

ALG. 2° Por allí.

(Abren el cuarto en que están DOÑA INÉS y BRÍGIDA, y las sacan a la escena; DOÑA INÉS reconoce el cadáver de su padre.)

ALG. 2° ¡Dos mujeres!

INÉS. ¡Ah, qué horror,

padre mío!

ALG. 1° ¡Es su hija!

BRÍG. Sí.

INÉS. ¡Ay! ¿Dó estás, don Juan, que aquí 2630

me olvidas en tal dolor?

ALG. 1° Él le asesinó.

INÉS. ¡Dios mío!

¿Me guardabas esto más?

ALG. 2° Por aquí ese Satanás

se arrojó, sin duda, al río. 2635

ALG. 1° Miradlos..., a bordo están

del bergantín calabrés.

TODOS. ¡Justicia por doña Inés!

INÉS. Pero no contra don Juan.

(Cayendo de rodillas.)

Parte segunda

Acto primero

La sombra de doña Inés

Panteón de la lamilia Tenorio.-El teatro representa un magnífico cementerio, hermoseado a manera de jardín. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de don Gonzalo Ulloa, de doña Inés y de don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de don Gonzalo a la derecha, y su estatua de rodillas; el de don Luis a la izquierda, y su estatua también de rodillas; el de doña Inés en el centro, y su estatua de pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en el tercer término y en puesto elevado, el sepulcro y estatua del fundador don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones a cada lado de la tumba de doña Inés, dispuestos a servir de la manera que a su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoración, que no debe tener nada de horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna

Escena primera

EL ESCULTOR, disponiéndose a marchar

Pues, señor, es cosa hecha

2640

el alma del buen don Diego

puede, a mi ver, con sosiego

reposar muy satisfecha.

La obra está rematada

con cuanta suntuosidad

2645

su postrera voluntad

dejó al mundo encomendada.

Y ya quisieran, ¡pardiez!,

todos los ricos que mueren

que su voluntad cumplieren 2650

los vivos, como esta vez.

Mas ya de marcharme es hora:

todo corriente lo dejo,

y de Sevilla me alejo

al despuntar de la aurora. 2655

¡Ah! Mármoles que mis manos

pulieron con tanto afán,

mañana os contemplarán

los absortos sevillanos;

y al mirar de este panteón 2660

las gigantes proporciones,

tendrán las generaciones

la nuestra en veneración.

Mas yendo y viniendo días,

se hundirán unas tras otras,

2665

mientra en pie estaréis vosotras,

póstumas memorias mías.

¡Oh! frutos de mis desvelos,

peñas a quien yo animé

y por quienes arrostré 2670

la intemperie de los cielos;

el que forma y ser os dio,

va ya a perderos de vista;

¡velad mi gloria de artista,

pues viviréis más que yo! 2675

Mas ¿quién llega?

Escena II

 ${\tt EL\ ESCULTOR;\ DON\ JUAN,\ } \textit{que\ entra\ embozado}$

ESC. Caballero....

JUAN. Dios le guarde.

ESC. Perdonad,

mas ya es tarde, y...

JUAN. Aguardad

un instante, porque quiero

	que me expliquéis	
ESC.	¿Por acaso	2680
	sois forastero?	
JUAN.	Años ha	
	que falto de España ya,	
	y me chocó el ver al paso,	
	cuando a esas verjas llegué,	
	que encontraba este recinto	2685
	enteramente distinto	
	de cuando yo le dejé.	
ESC.	Yo lo creo; como que esto	
	era entonces un palacio	
	y hoy es panteón el espacio	2690
	donde aquél estuvo puesto.	
JUAN.	¡El palacio hecho panteón!	
ESC.	Tal fue de su antiguo dueño	
	la voluntad, y fue empeño	
	que dio al mundo admiración.	2695
JUAN.	¡Y, por Dios, que es de admirar!	
ESC.	Es una famosa historia,	
	a la cual debo mi gloria.	
JUAN.	¿Me la podréis relatar?	

ESC.	Sí; aunque muy sucintamente,	2700
	pues me aguardan.	
JUAN.	Sea.	
ESC.	Oíd	
	la verdad pura.	
JUAN.	Decid,	
	que me tenéis impaciente.	
ESC.	Pues habitó esta ciudad	
	y este palacio heredado,	2705
	un varón muy estimado	
	por su noble calidad.	
JUAN.	Don Diego Tenorio.	
ESC.	El mismo.	
	Tuvo un hijo este don Diego	
	peor mil veces que el fuego,	2710
	un aborto del abismo.	
	Un mozo sangriento y cruel,	
	que con tierra y cielo en guerra,	
	dicen que nada en la tierra	
	fue respetado por él.	2715

Quimerista, seductor

	y jugador con ventura,	
	no hubo para él segura	
	vida, ni hacienda, ni honor.	
	Así le pinta la historia,	2720
	y si tal era, por cierto	
	que obró cuerdamente el muerto	
	para ganarse la gloria.	
JUAN.	Pues ¿cómo obró?	
ESC.	Dejó entera	
	su hacienda al que la empleara	2725
	en un panteón que asombrara	
	a la gente venidera.	
	Mas con condición, que dijo	
	que se enterraran en él	
	los que a la mano cruel	2730
	sucumbieron de su hijo.	
	Y mirad en derredor	
	los sepulcros de los más	
	de ellos.	
JUAN.	¿Y vos sois quizás,	
	el conserje?	
ESC.	El Escultor	2735

de estas obras encargado.

JUAN. ¡Ah! ¿Y las habéis concluido?

ESC. Ha un mes; mas me he detenido

hasta ver ese enverjado

colocado en su lugar; 2740

pues he querido impedir

que pueda el vulgo venir

este sitio a profanar.

JUAN (Mirando.)

¡Bien empleó sus riquezas

el difunto!

ESC. ¡Ya lo creo! 2745

Miradle allí.

JUAN. Ya le veo.

ESC. ¿Le conocisteis?

JUAN. Sí.

ESC. Piezas

son todas muy parecidas

y a conciencia trabajadas.

JUAN. ¡Cierto que son extremadas! 2750

ESC. ¿Os han sido conocidas

las personas?

JUAN. Todas ellas.

ESC. ¿Y os parecen bien?

JUAN. Sin duda,

según lo que a ver me ayuda

el fulgor de las estrellas. 2755

ESC. ¡Oh! Se ven como de día

con esta luna tan clara.

Ésta es mármol de Carrara.

(Señalando a la de DON LUIS.)

JUAN. ¡Buen busto es el de Mejía!

(Contempla las estatuas unas tras otras.)

¡Hola! Aquí el comendador 2760

se representa muy bien.

ESC. Yo quise poner también

la estatua del matador

entre sus víctimas, pero

no pude a manos haber 2765

su retrato... Un Lucifer

dicen que era el caballero

don Juan Tenorio.

JUAN. ¡Muy malo!

Mas como pudiera hablar,

le había algo de abonar

2770

la estatua de don Gonzalo.

ESC. ¿También habéis conocido

a don Juan?

JUAN. Mucho.

ESC. Don Diego

le abandonó desde luego

desheredándole.

JUAN. Ha sido 2775

para don Juan poco daño

ése, porque la fortuna

va tras él desde la cuna.

ESC. Dicen que ha muerto.

JUAN. Es engaño:

vive.

ESC. ¿Y dónde?

JUAN. Aquí, en Sevilla. 2780

ESC. ¿Y no teme que el furor

popular...?

JUAN. En su valor

	no ha echado el miedo semilla.	
ESC.	Mas cuando vea el lugar	
	en que está ya convertido	2785
	el solar que suyo ha sido,	
	no osara en Sevilla estar.	
JUAN.	Antes ver tendrá a fortuna	
	en su casa reunidas	
	personas de él conocidas,	2790
	puesto que no odia a ninguna.	
ESC.	¿Creéis que ose aquí venir?	
JUAN.	¿Por qué no? Pienso, a mi ver,	
	que donde vino a nacer	
	justo es que venga a morir.	2795
	Y pues le quitan su herencia	
	para enterrar a éstos bien,	
	a él es muy justo también	
	que le entierren con decencia.	
ESC.	Sólo a él le está prohibida	2800
	en este panteón la entrada.	
JUAN.	Trae don Juan muy buena espada,	
	y no sé quién se lo impida.	
ESC.	¡Jesús! ¡Tal profanación!	

JUAN.	Hombre es don Juan que, a querer,	2805
	volverá el palacio a hacer	
	encima del panteón.	
ESC.	¿Tan audaz ese hombre es	
	que aun a los muertos se atreve?	
JUAN.	¿Qué respetos gastar debe	2810
	con los que tendió a sus pies?	
ESC.	¿Pero no tiene conciencia	
	ni alma ese hombre?	
JUAN.	Tal vez no,	
	que al cielo una vez llamó	
	con voces de penitencia,	2815
	y el cielo, en trance tan fuerte,	
	allí mismo le metió,	
	que a dos inocentes dio,	
	para salvarse, la muerte.	
ESC.	¡Qué monstruo, supremo Dios!	2820
JUAN.	Podéis estar convencido	
	de que Dios no le ha querido.	
ESC.	Tal será.	
JUAN.	Mejor que vos.	

ESC.	(¿Y quién será el que a don Juan	
	abona con tanto brío?)	2825
	Caballero, a pesar mío,	
	como aguardándome están	
JUAN.	Idos, pues, enhorabuena.	
ESC.	He de cerrar.	
JUAN.	No cerréis	
	y marchaos.	
ESC.	¿Mas no veis?	2830
JUAN.	Veo una noche serena	
	y un lugar que me acomoda	
	para gozar su frescura,	
	y aquí he de estar a mí holgura,	
	si pesa a Sevilla toda.	2835
ESC.	(¿Si acaso padecerá	
	de locura desvaríos?)	
JUAN.	(Dirigiéndose a las estatuas.)	
	Ya estoy aquí, amigos míos.	
ESC.	¿No lo dije? Loco está.	
JUAN.	Mas, ¡cielos, qué es lo que veo!	2840
	O es ilusión de mi vista,	
	o a doña Inés el artista	

aquí representa, creo.

ESC. Sin duda.

JUAN. ¿También murió?

ESC. Dicen que de sentimiento 2845

cuando de nuevo al convento

abandonada volvió

por don Juan.

JUAN. ¿Y yace aquí?

ESC. Sí.

JUAN. ¿La visteis muerta vos?

ESC. Sí.

JUAN. ¿Cómo estaba?

ESC. ¡Por Dios, 2850

que dormida la creí!

La muerte fue tan piadosa

con su cándida hermosura,

que la envió con la frescura

y las tintas de la rosa.

JUAN. ¡Ah! Mal la muerte podría

deshacer con torpe mano

el semblante soberano

2855

	que un ángel envidiaría.	
	¡Cuán bella y cuán parecida	2860
	su efigie en el mármol es!	
	¡Quién pudiera, doña Inés,	
	volver a darte la vida!	
	¿Es obra del cincel vuestro?	
ESC.	Como todas las demás.	2865
JUAN.	Pues bien merece algo más	
	un retrato tan maestro.	
	Tomad.	
ESC.	¿Qué me dais aquí?	
JUAN.	¿No lo veis?	
ESC.	Mas,caballero,	
	¿por qué razón?	
JUAN.	Porque quiero	2870
	yo que os acordéis de mí.	
ESC.	Mirad que están bien pagadas.	
JUAN.	Así lo estarán mejor.	
ESC.	Mas vamos de aquí, señor,	
	que aún las llaves entregadas	2875
	no están, y al salir la aurora	
	tengo que partir de aquí.	

JUAN. Entregádmelas a mí,

y marchaos desde ahora.

ESC. ¿A vos?

JUAN. A mí ¿Qué dudáis? 2880

ESC. Como no tengo el honor...

JUAN. Ea, acabad, escultor.

ESC. Si el nombre al menos que usáis

supiera...

JUAN. ¡Viven los cielos!

Dejad a don Juan Tenorio 2885

velar el lecho mortuorio

en que duermen sus abuelos.

ESC. ¡Don Juan Tenorio!

JUAN. Yo soy.

Y si no me satisfaces,

compañía juro que haces 2890

a tus estatuas desde hoy.

ESC. (Alargándole las llaves.)

Tomad. (No quiero la piel

dejar aquí entre sus manos.

Ahora, que los sevillanos

se las compongan con él.)

(Vase.)

2895

Escena III

DON JUAN

Mi buen padre empleó en esto

entera la hacienda mía:

hizo bien: yo al otro día

la hubiera a una carta puesto.

No os podéis quejar de mí, 2900

vosotros a quien maté;

si buena vida os quité,

buena sepultura os di.

¡Magnífica es, en verdad,

la idea de tal panteón! 2905

Y... siento que el corazón

me halaga esta, soledad.

¡Hermosa noche...! ¡Ay de mí!

¡Cuántas como ésta tan puras,

en infames aventuras 2910

desatinado perdí!

¡Cuántas, al mismo fulgor

de esa luna transparente,

arranqué a algún inocente

la existencia o el honor!

2915

Sí, después de tantos años

cuyos recuerdos me espantan,

siento que en mí se levantan

pensamientos en mí extraños.

¡Oh! Acaso me los inspira

2920

desde el cielo, en donde mora,

esa sombra protectora

que por mi mal no respira.

(Se dirige a la estatua de DOÑA INÉS, hablándola con respeto.)

Mármol en quien doña Inés

en cuerpo sin alma existe,

2925

deja que el alma de un triste

llore un momento a tus pies.

De azares mil a través

conservé tu imagen pura,

y pues la mala ventura

2930

te asesinó de don Juan,

contempla con cuánto afán

vendrá hoy a tu sepultura.

En ti nada más pensó	
desde que se fue de ti;	2935
y desde que huyó de aquí,	
sólo en volver meditó.	
Don Juan tan sólo esperó	
de doña Inés su ventura,	
y hoy, que en pos de su hermosura	2940
vuelve el infeliz don Juan,	
mira cuál será su afán	
al dar con tu sepultura.	
Inocente doña Inés,	
cuya hermosa juventud	2945
encerró en el ataúd	
quien llorando está a tus pies;	
si de esa piedra a través	
puedes mirar la amargura	
del alma que tu hermosura	2950
adoró con tanto afán,	
prepara un lado a don Juan	
en tu misma sepultura.	
Dios te crió por mi bien,	
por ti pensé en la virtud,	2955

adoré su excelsitud,

y anhelé su santo Edén.

Sí; aún hoy mismo en ti también

mi esperanza se asegura,

que oigo una voz que murmura 2960

en derredor de don Juan

palabras con que su afán

se calma en tu sepultura.

¡Oh, doña Inés de mi vida!

Si esa voz con quien deliro 2965

es el postrimer suspiro

de tu eterna despedida;

si es que de ti desprendida

llega esa voz a la altura,

y hay un Dios tras esa anchura 2970

por donde los astros van,

dile que mire a don Juan

llorando en tu sepultura.

(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estatua de DOÑA INÉS. Cuando el vapor se desvanece, la estatua ha desaparecido. DON JUAN sale, de su enajenamiento.)

Este mármol sepulcral

adormece mi vigor,

2975

y sentir creo en redor

un ser sobrenatural.

Mas... ¡cielos! ¡El pedestal

no mantiene su escultura!

¿Qué es esto? ¿Aquella figura

2980

fue creación de mi afán?

Escena IV

(El llorón y las flores de la izquierda del sepulcro de DOÑ INÉS se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de DOÑA INÉS.)

DON JUAN, la SOMBRA de DOÑA INÉS

SOMBRA. No; mi espíritu, don Juan,

te aguardó en mi sepultura.

JUAN. (De rodillas.)

¡Doña Inés! Sombra querida,

alma de mi corazón,

2985

no me quites la razón

si me has de dejar la vida!

Si eres imagen fingida,

sólo hija de mi locura,

no aumentes mi desventura

2990

burlando mi loco afán.

SOMBRA. Yo soy doña Inés, don Juan,

que te oyó en su sepultura.

JUAN. ¿Conque vives?

SOMBRA. Para ti;

Mas tengo mi purgatorio 2995

en ese mármol mortuorio

que labraron para mí.

Yo a Dios mi alma ofrecí

en precio de tu alma impura,

y Dios, al ver la ternura 3000

con que te amaba mi afán,

me dijo «Espera a don Juan

en tu misma sepultura.

Y pues quieres ser tan fiel

a un amor de Satanás, 3005

con don Juan te salvarás,

o te perderás con él.

Por él vela: mas si cruel

te desprecia tu ternura,

y en su torpeza y locura 3010

sigue con bárbaro afán,

llévese tu alma don Juan

de tu misma sepultura.»

JUAN. (Fascinado.)

¡Yo estoy soñando quizás

con las sombras de un Edén! 3015

SOMBRA. No y ve que si piensas bien,

a tu lado me tendrás:

mas si obras mal, causarás

nuestra eterna desventura.

Y medita con cordura 3020

que es esta noche, don Juan,

el espacio que nos dan

para buscar sepultura.

Adiós, pues; y en la ardua lucha

en que va a entrar tu existencia, 3025

de tu dormida conciencia

la voz que va alzarse escucha;

porque es de importancia mucha

meditar con sumo tiento

la elección de aquel momento 3030

que, sin poder evadirnos,

3035

al mal o al bien ha de abrirnos

la losa del monumento.

(Ciérrase la apariencia; desaparece DOÑA INÉS, y todo queda como al principio del acto, menos la estatua de DOÑA INÉS que no vuelve a su lugar. DON JUAN queda atónito.)

Escena V

DON JUAN

¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
¡Hasta los muertos así

dejan sus tumbas por mí!

Mas sombra, delirio fue.

Yo en mi mente la forjé;

la imaginación le dio

la forma en que se mostró, 3040

y ciego vine a creer

en la realidad de un ser

que mi mente fabricó.

Mas nunca de modo tal

fanatizó mi razón 3045

mi loca imaginación

con su poder ideal.

Sí, algo sobrenatural

vi en aquella doña Inés

tan vaporosa, a través

3050

aun de esa enramada espesa;

mas... ¡bah! circunstancia es ésa

que propia de sombras es.

¿Qué más diáfano y sutil

que las quimeras de un sueño?

3055

¿Dónde hay nada más risueño,

más flexible y más gentil?

¿Y no pasa veces mil

que, en febril exaltación,

ve nuestra imaginación

3060

como ser y realidad

la vacía vanidad

de una anhelada ilusión?

¡Sí, por Dios, delirio fue!

Mas su estatua estaba aquí.

3065

Sí, yo la vi y la toqué,

y aun en albricias le di

al escultor no se qué.

¡Y ahora sólo el pedestal

veo en la urna funeral!	3070
¡Cielos! La mente me falta,	
o de improviso me asalta	
algún vértigo infernal.	
¿Qué dijo aquella visión?	
¡Oh! Yo la oí claramente,	3075
y su voz triste y doliente	
resonó en mi corazón.	
¡Ah! ¡Y breves las horas son	
del plazo que nos augura!	
No, no ¡de mi calentura	3080
delirio insensato es!	
Mi fiebre fue a doña Inés	
quien abrió la sepultura.	
¡Pasad y desvaneceos;	
pasad, siniestros vapores	3085
de mis perdidos amores	
y mis fallidos deseos!	
¡Pasad, vanos devaneos	
de un amor muerto al nacer;	
no me volváis a traer	3090

entre vuestro torbellino,

ese fantasma divino

que recuerda una mujer!

¡Ah! ¡Estos sueños me aniquilan,

mi cerebro se enloquece...

3095

3100

y esos mármoles parece

que estremecidos vacilan!

(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hacia él.)

Sí, sí; ¡sus bustos oscilan,

su vago contorno medra...!

Pero don Juan no se arredra

¡alzaos, fantasmas vanos,

y os volveré con mis manos

a vuestros lechos de piedra!

No, no me causan pavor

vuestros semblantes esquivos; 3105

jamás, ni muertos ni vivos,

humillaréis mi valor.

Yo soy vuestro matador

como al mundo es bien notorio;

si en vuestro alcázar mortuorio 3110

me aprestáis venganza fiera,

daos prisa; aquí os espera

otra vez don Juan Tenorio.

Escena VI

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA

CENT. (Dentro.)

¿Don Juan Tenorio?

JUAN. (Volviendo en sí.)

¿Qué es eso?

¿Quién me repite mi nombre?

3115

AVELL. (Saliendo.)

¿Veis a alguien?

(A CENTELLAS.)

CENT. (Ídem.)

Sí, allí hay un hombre.

JUAN. ¿Quién va?

AVELL. Él es.

CENT. (Yéndose a DON JUAN.)

Yo pierdo el seso

con la alegría. ¡Don Juan!

AVELL. Señor Tenorio!

JUAN.	¡Apartaos,	
	vanas sombras!	
CENT.	Reportaos,	3120
	señor don Juan Los que están	
	en vuestra presencia ahora,	
	no son sombras, hombres son,	
	y hombres cuyo corazón	
	vuestra amistad atesora.	3125
	A la luz de las estrellas	
	os hemos reconocido,	
	y un abrazo hemos venido	
	a daros.	
JUAN.	Gracias, Centellas.	
CENT.	Mas ¿qué tenéis? ¡Por mi vida	3130
	que os tiembla el brazo, y está	
	vuestra faz descolorida!	
JUAN.	(Recobrando su aplomo.)	
	La luna tal vez lo hará.	
AVELL.	Mas, don Juan, ¿qué hacéis aquí?	
	¿Este sitio conocéis?	3135
JUAN.	¿No es un panteón?	
CENT.	¿Y sabéis	

a quién pertenece?

JUAN. A mí

mirad a mi alrededor,

y no veréis más que amigos

de mi niñez, o testigos 3140

de mi audacia y mi valor.

CENT. Pero os oímos hablar:

¿con quién estabais?

JUAN. Con ellos.

CENT. ¿Venís aún a escarnecellos?

JUAN. No, los vengo a visitar. 3145

Mas un vértigo insensato

que la mente me asaltó,

un momento me turbó;

y a fe que me dio mal rato.

Esos fantasmas de piedra 3150

me amenazaban tan fieros,

que a mí acercado a no haberos

pronto...

CENT. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¿Os arredra,

don Juan, como a los villanos

	el temor de los difuntos?	3155
JUAN.	No a fe; contra todos juntos	
	tengo aliento y tengo manos.	
	Si volvieran a salir	
	de las tumbas en que están,	
	a las manos de don Juan	3160
	volverían a morir.	
	Y desde aquí en adelante	
	sabed, señor capitán,	
	que yo soy siempre don Juan,	
	y no hay cosa que me espante.	3165
	Un vapor calenturiento	
	un punto me fascinó,	
	Centellas, mas ya pasó	
	cualquiera duda un momento.	
AVELL.	Es verdad.	
CENT.		
JUAN.	Vamos de aquí.	3170
CENT.	Vamos, y nos contaréis	
	cómo a Sevilla volvéis	
	tercera vez.	
JUAN.	Lo haré así,	

si mi historia os interesa

y a fe que oírse merece,

3175

aunque mejor me parece

que la oigáis de sobremesa.

¿No opináis...?

AVELL.

Como gustéis.

CENT.

JUAN. Pues bien cenaréis conmigo

y en mi casa.

CENT. Pero digo,

3180

¿es cosa de que dejéis

algún huésped por nosotros?

¿No tenéis gato encerrado?

JUAN. ¡Bah! Si apenas he llegado:

no habrá allí más que vosotros

3185

esta noche.

CENT. ¿Y no hay tapada

a quien algún plantón demos?

JUAN. Los tres solos cenaremos.

Digo, si de esta jornada

no quiere igualmente ser

3190

alguno de éstos.

(Señalando a las estatuas de los sepulcros.)

CENT. Don Juan,

dejad tranquilos yacer

a los que con Dios están.

JUAN. ¡Hola! ¿Parece que vos

sois ahora el que teméis, 3195

y mala cara ponéis

a los muertos? Mas, ¡por Dios

que ya que de mí os burlasteis

cuando me visteis así,

en lo que penda de mí 3200

os mostraré cuánto errasteis!

Por mí, pues, no ha de quedar

y a poder ser, estad ciertos

que cenaréis con los muertos,

y os los voy a convidar. 3205

AVELL. Dejaos de esas quimeras.

JUAN. ¿Duda en mi valor ponerme,

cuando hombre soy para hacerme

platos de sus calaveras?

Yo, a nada tengo pavor. 3210

3215

(Dirigiéndose a la estatua de DON GONZALO, que es la que tiene más cerca.)

Tú eres el más ofendido;

mas si quieres, te convido

a cenar comendador.

Que no lo puedas hacer

creo, y es lo que me pesa;

mas, por mi parte, en la mesa

te haré un cubierto poner.

Y a fe que favor me harás,

pues podré saber de ti

si hay más mundo que el de aquí, 3220

y otra vida, en que jamás,

a decir verdad, creí.

CENT. Don Juan, eso no es valor;

locura, delirio es.

JUAN. Como lo juzguéis mejor: 3225

yo cumplo así. Vamos, pues.

Lo dicho, comendador.

Acto segundo

La estatua de don Gonzalo

Aposento de don Juan Tenorio.-Dos puertas en el fondo a derecha e izquierda, preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoración por la izquierda. Ventana en el de la derecha. Al alzarse el telón están sentados a la mesa don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida: el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. En frente del espectador, don Juan, y a su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa, Centellas, y en el de enfrente de éste, una silla y un cubierto desocupados.

Escena primera

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, CIUTTI. UN PAJE

JUAN. Tal es mi historia, señores

pagado de mi valor,

quiso el mismo emperador

3230

dispensarme sus favores.

Y aunque oyó mi historia entera,

dijo «Hombre de tanto brío

merece el amparo mío;

vuelva a España cuando quiera.»

3235

Y heme aquí en Sevilla ya.

CENT. ¡Y con qué lujo y riqueza!

JUAN. Siempre vive con grandeza

CENT. A vuestra vuelta.

JUAN. Bebamos. 3240

CENT. Lo que no acierto a creer

es cómo, llegando ayer,

ya establecido os hallamos.

JUAN. Fue el adquirirme, señores,

tal casa con tal boato, 3245

porque se vendió a barato

para pago de acreedores.

Y como al llegar aquí

desheredado me hallé,

tal como está la compré. 3250

CENT. ¿Amueblada y todo?

JUAN. Sí.

Un necio que se arruinó

por una mujer vendióla.

CENT. ¿Y vendió la hacienda sola?

JUAN. Y el alma al diablo.

CENT. ¿Murió? 3255

JUAN. De repente: y la justicia,

	que iba a hacer de cualquier modo	
	pronto despacho de todo,	
	viendo que yo su codicia	
	saciaba, pues los dineros	3260
	ofrecía dar al punto,	
	cedióme el caudal por junto	
	y estafó a los usureros.	
CENT.	Y la mujer, ¿qué fue de ella?	
JUAN.	Un escribano la pista	3265
	la siguió, pero fue lista	
	y escapó.	
CENT.	¿Moza?	
JUAN.	Y muy bella.	
CENT.	Entrar hubiera debido	
	en los muebles de la casa.	
JUAN.	Don Juan Tenorio no pasa	3270
	moneda que se ha perdido.	
	Casa y bodega he comprado,	
	dos cosas que, no os asombre,	
	pueden bien hacer a un hombre	
	vivir siempre acompañado;	3275
	como lo puede mostrar	

vuestra agradable presencia,

que espero que con frecuencia

me hagáis ambos disfrutar.

CENT. Y nos haréis honra inmensa.

3280

3285

3290

JUAN. Y a mí vos. ¡Ciutti!

CIUT. ¿Señor?

JUAN. Pon vino al Comendador.

(Señalando el vaso del puesto vacío.)

AVELL. Don Juan, ¿aún en eso piensa

vuestra locura?

JUAN. ¡Sí, a fe!

Que si él no puede venir,

de mí no podréis decir

que en ausencia no le honré.

CENT. ¡Ja, ja, ja! Señor Tenorio,

creo que vuestra cabeza

va menguando en fortaleza.

JUAN. Fuera en mí contradictorio,

y ajeno de mi hidalguía,

a un amigo convidar

y no guardarle el lugar

mientras que llegar podría.

3295

Tal ha sido mi costumbre

siempre, y siempre ha de ser ésa;

y el mirar sin él la mesa

me da, en verdad, pesadumbre.

Porque si el Comendador

3300

es, difunto, tan tenaz

como vivo, es muy capaz

de seguirnos el humor.

CENT. Brindemos a su memoria,

y más en él no pensemos.

3305

JUAN. Sea.

CENT. Brindemos.

AVELL.

Brindemos.

JUAN.

CENT. A que Dios le dé su gloria.

JUAN. Mas yo, que no creo que haya

más gloria que esta mortal,

no hago mucho en brindis tal; 3310

mas por complaceros, ¡vaya!

Y brindo a Dios que te dé

la gloria Comendador.

(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)

Mas ¿llamaron?

CIUT. Sí, señor.

JUAN. Ve quién.

CIUT. (Asomando por la ventana.)

A nadie se ve. 3315

¿Quién va allá? Nadie responde,

CENT. Algún chusco.

AVELL. Algún menguado

que al pasar habrá llamado

sin mirar siquiera dónde.

JUAN. (A CIUTTI.)

Pues cierra y sirve licor. 3320

(Llaman otra vez más recio.)

Mas ¿llamaron otra vez?

CIUT. Sí.

JUAN. Vuelve a mirar.

CIUT. ¡Pardiez!

A nadie veo, señor.

JUAN. ¡Pues, por Dios, que del bromazo

quien es no se ha de alabar! 3325

Ciutti, si vuelve a llamar

suéltale un pistoletazo.

(Llaman otra vez, y se oye un poco mas cerca.)

¿Otra vez?

CIUT. ¡Cielos!

AVELL.

¿Qué pasa?

CENT.

CIUT. Que esa aldabada postrera

ha sonado en la escalera,

3330

3335

no en la puerta de la casa.

AVELL. ¿Qué dices?

CENT.

(Levantándose asombrados.)

CIUT. Digo lo cierto

nada más: dentro han llamado

de la casa.

JUAN. ¿Qué os ha dado?

¿Pensáis ya que sea el muerto?

Mis armas cargué con bala

Ciutti, sal a ver quién es.

(Vuelven a llamar más cerca.)

AVELL. ¿Oísteis?

CIUT. ¡Por San Ginés,

que eso ha sido en la antesala!

JUAN. ¡Ah! Ya lo entiendo; me habéis

3340

vosotros mismos dispuesto

esta comedia, supuesto

que lo del muerto sabéis.

AVELL. Yo os juro, don Juan...

CENT. Y Yo.

JUAN. ¡Bah! Diera en ello el más topo, 3345

y apuesto a que ese galopo

los medios para ello os dio.

AVELL. Señor don Juan, escondido

algún misterio hay aquí.

(Vuelven a llamar más cerca.)

CENT. ¡Llamaron otra vez!

CIUT. Sí; 3350 y ya en el salón ha sido.

JUAN. ¡Ya! Mis llaves en manojo

habréis dado a la fantasma,

y que entre así no me pasma;

mas no saldrá a vuestro antojo,

3355

ni me han de impedir cenar

vuestras farsas desdichadas.

(Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas del fondo, volviendo a su lugar.)

Ya están las puertas cerradas

ahora el coco, para entrar,

tendrá que echarlas al suelo, 3360

y en el punto que lo intente,

que con los muertos se cuente,

y apele después al cielo.

CENT. ¡Qué diablos! Tenéis razón.

JUAN. ¿Pues no temblabais?

CENT. Confieso 3365

que en tanto que no di en eso,

tuve un poco de aprensión.

JUAN. ¿Declaráis, pues, vuestro enredo?

AVELL. Por mi parte, nada sé.

CENT. Ni yo.

JUAN. Pues yo volveré 3370

contra el inventor el miedo.

Mas sigamos con la cena;

vuelva cada uno a su puesto,

que luego sabremos de esto.

AVELL. Tenéis razón.

JUAN. (Sirviendo a CENTELLAS.)

Cariñena 3375

sé que os gusta, capitán.

CENT. Como que somos paisanos.

JUAN. (A AVELLANEDA, sirviéndole de otra botella.)

Jerez a los sevillanos,

don Rafael.

AVELL. Habéis, don Juan,

dado a entrambos por el gusto; 3380

¿mas con cuál brindaréis vos?

JUAN. Yo haré justicia a los dos.

CENT. Vos siempre estáis en lo justo.

JUAN. Sí, a fe; bebamos.

AVELL.

Behamos.

CENT.

(Llaman a la misma puerta de la escena, fondo derecha.)

JUAN. Pesada me es ya la broma,

mas veremos quién asoma

mientras en la mesa estamos.

3385

3390

(A CIUTTI, que se manifiesta asombrado.)

¿Y qué haces tú ahí, bergante?

¡Listo! Trae otro manjar: (Vase CIUTTI.)

mas me ocurre en este instante

que nos podemos mofar

de los de afuera, invitándoles

a probar su sutileza,

entrándose hasta esta pieza

y sus puertas no franqueándoles. 3395

AVELL. Bien dicho.

CENT. Idea brillante,

(Llaman fuerte, fondo derecha.)

JUAN. ¡Señores! ¿A qué llamar?

Los muertos se han de filtrar

por la pared; adelante.

(La estatua de DON GONZALO pasa por la puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.)

Escena II

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA, LA ESTATUA DE DON GONZALO

CENT. ¡Jesús!

AVELL. ¡Dios mío!

JUAN. ¡Qué es esto! 3400

AVELL. Yo desfallezco. (Cae desvanecido.)

CENT. Yo expiro. (Cae lo mismo.)

JUAN. ¡Es realidad, o deliro!

Es su figura..., su gesto.

ESTATUA. ¿Por qué te causa pavor

quien convidado a tu mesa 3405

viene por ti?

JUAN. ¡Dios! ¿No es ésa

la voz del comendador?

ESTATUA. Siempre supuse que aquí

no me habías de esperar.

JUAN. Mientes, porque hice arrimar 3410

esa silla para ti.

Llega, pues, para que veas

que aunque dudé en un extremo

de sorpresa, no te temo,

aunque el mismo Ulloa seas. 3415

ESTATUA. ¿Aún lo dudas?

JUAN. No lo sé.

ESTATUA. Pon, si quieres, hombre impío,

tu mano en el mármol frío

de mi estatua.

JUAN. ¿Para qué?

Me basta oírlo de ti: 3420

cenemos, pues; mas te advierto...

ESTATUA. ¿Qué?

JUAN. Que si no eres el muerto,

no vas a salir de aquí.

¡Eh! Alzad. (A CENTELLAS y AVELLANEDA.)

ESTATUA. No pienses, no,

que se levanten, don Juan; 3425

porque en sí no volverán

hasta que me ausente yo.

Que la divina clemencia

del Señor para contigo,

no requiere más testigo 3430

que tu juicio y tu conciencia.

Al sacrílego convite

que me has hecho en el panteón,

para alumbrar tu razón

Dios asistir me permite. 3435

Y heme que vengo en su nombre

a enseñarte la verdad;

y es: que hay una eternidad

tras de la vida del hombre.

Que numerados están 3440

los días que has de vivir,

y que tienes que morir

mañana mismo, don Juan.

Mas como esto que a tus ojos

está pasando, supones 3445

ser del alma aberraciones

y de la aprensión antojos,

Dios, en su santa clemencia,

te concede todavía,

don Juan, hasta el nuevo día 3450

para ordenar tu conciencia.

Y su justicia infinita

porque conozcas mejor,

espero de tu valor

que me pagues la visita. 3455

¿Irás, don Juan?

JUAN. Iré, sí;

mas me quiero convencer

de lo vago de tu ser

antes que salgas de aquí.

(Coge una pistola.)

ESTATUA. Tu necio orgullo delira,

3460

don Juan los hierros más gruesos

y los muros más espesos

se abren a mi paso mira.

(Desaparece LA ESTATUA sumiéndose por la pared.)

Escena III

DON JUAN, AVELLANEDA, CENTELLAS

JUAN. ¡Cielos! ¡Su esencia se trueca

el muro hasta penetrar,

3465

cual mancha de agua que seca

el ardor canicular!

¿No me dijo «El mármol toca

de mi estatua»? ¿Cómo, pues,

se desvanece una roca?

3470

¡Imposible! Ilusión es.

Acaso su antiguo dueño

mis cubas envenenó,

y el licor tan vano ensueño	
en mi mente levantó.	3475
¡Mas si éstas que sombras creo	
espíritus reales son,	
que por celestial empleo	
llaman a mi corazón!,	
entonces, para que iguale	3480
su penitencia don Juan	
con sus delitos, ¿qué vale	
el plazo ruin que le dan?	
¡Dios me da tan sólo un día!	
Si fuese Dios en verdad,	3485
a más distancia pondría	
su aviso y mi eternidad.	
«Piensa bien que al lado tuyo	
me tendrás», dijo de Inés	
la sombra, y si bien arguyo,	3490
pues no la veo, sueño es.	

(Trasparéntase en la pared la sombra de DOÑA INÉS.)

Escena IV

DON JUAN, la SOMBRA DE DOÑAINÉS; CENTELLAS y AVELLANEDA, dormidos

SOMBRA. Aquí estoy.

JUAN. Cielos!

SOMBRA. Medita

lo que al buen comendador

has oído, y ten valor

para acudir a su cita. 3495

Un punto se necesita

para morir con ventura;

elígele con cordura,

porque mañana, don Juan,

nuestros cuerpos dormirán 3500

en la misma sepultura.

(Desaparece LA SOMBRA.)

Escena V

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA

JUAN. Tente, doña Inés, espera; y si me amas en verdad,

3505

hazme al fin la realidad

distinguir de la quimera.

Alguna más duradera

señal dame que segura

me pruebe que no es locura

lo que imagina mi afán,

para que baje don Juan 3510

tranquilo a la sepultura.

Mas ya me irrita, por Dios,

el verme siempre burlado,

corriendo desatentado

siempre de sombras en pos. 3515

¡Oh! Tal vez todo esto ha sido

por estos dos preparado,

y mientras se ha ejecutado,

su privación han fingido.

Mas, por Dios, que si es así, 3520

se han de acordar de don Juan.

¡Eh!, don Rafael, capitán.

Ya basta alzaos de ahí.

(DON JUAN mueve a CENTELLAS y a AVELLANEDA, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.)

CENT. ¿Quién va?

JUAN. Levantad.

AVELL. ¿Qué pasa?

¡Hola, sois vos!

CENT. ¿Dónde estamos? 3525

JUAN. Caballeros, claros vamos.

Yo os he traído a mi casa,

y temo que a ella al venir,

con artificio apostado

habéis, sin duda, pensado, 3530

a costa mía reír:

mas basta ya de ficción,

y concluid de una vez.

CENT. Yo no os entiendo.

AVELL. ¡Pardiez!

Tampoco yo.

JUAN. En conclusión, 3535

¿nada habéis visto ni oído?

CENT.

¿De qué?

AVELL.

JUAN. No finjáis ya más.

CENT. Yo no he fingido jamás,

señor don Juan.

JUAN. ¡Habrá sido

realidad! ¿Contra Tenorio 3540

las piedras se han animado,

y su vida han acotado

con plazo tan perentorio?

Hablad, pues, por compasión.

CENT. ¡Voto va Dios! ¡Ya comprendo 3545

lo que pretendéis!

JUAN. Pretendo

que me deis una razón

de lo que ha pasado aquí,

señores, o juro a Dios

que os haré ver a los dos 3550

que no hay quien me burle a mí.

CENT. Pues ya que os formalizáis,

don Juan, sabed que sospecho

que vos la burla habéis hecho

de nosotros.

JUAN. ¡Me insultáis! 3555

CENT. No, por Dios; mas si cerrado

	seguís en que aquí han venido	
	fantasmas, lo sucedido	
	oíd cómo me he explicado.	
	Yo he perdido aquí del todo	3560
	los sentidos, sin exceso	
	de ninguna especie, y eso	
	lo entiendo yo de este modo.	
JUAN.	A ver, decídmelo, pues.	
CENT.	Vos habéis compuesto el vino,	3565
	semejante desatino	
	para encajarnos después.	
JUAN.	¡Centellas!	
CENT.	Vuestro valor	
	al extremo por mostrar,	
	convidasteis a cenar	3570
	con vos al comendador.	
	Y para poder decir	
	que a vuestro convite exótico	
	asistió, con un narcótico	
	nos habéis hecho dormir.	3575
	Si es broma, puede pasar;	
	mas a ese extremo llevada,	

ni puede probarnos nada,

ni os la hemos de tolerar.

AVELL. Soy de la misma opinión. 3580

JUAN. ¡Mentís!

CENT. Vos.

JUAN. Vos, capitán.

CENT. Esa palabra, don Juan...

JUAN. La he dicho de corazón.

Mentís; no son a mis bríos

menester falsos portentos, 3585

porque tienen mis alientos

su mejor prueba en ser míos.

AVELL.

Veamos. (Ponen mano a las espadas.)

CENT.

JUAN. Poned a tasa

vuestra furia, y vamos fuera,

no piense después cualquiera 3590

que os asesiné en mi casa.

AVELL. Decís bien..., mas somos dos.

CENT. Reñiremos, si os fiáis,

el uno del otro en pos.

Don Juan Tenorio

donde los libros son gratis

JUAN. O los dos, como queráis. 3595

CENT. ¡Villano fuera, por Dios!

Elegid uno, don Juan,

por primero.

JUAN. Sedlo vos.

CENT. Vamos.

JUAN. Vamos, capitán.

Acto tercero

Misericordia de Dios, y apoteosis del Amor

Panteón de la familia Tenorio.-Como estaba en el acto primero de la Segunda Parte, menos las estatuas de doña Inés y de don Gonzalo, que no están en su lugar

Escena primera

DON JUAN, embozado y distraído, entra en la escena lentamente

Culpa mía no fue; delirio insano

3600

me anajenó la mente acalorada.

Necesitaba víctimas mi mano

que inmolar a mi fe desesperada,

y al verlos en mitad de mi camino,

presa les hice allí de mi locura.

3605

¡No fui yo, vive Dios!, ¡fue su destino!

Sabían mi destreza y mi ventura.

¡Oh! Arrebatado el corazón me siento

por vértigo infernal.... mi alma perdida

va cruzando el desierto de la vida

3610

cual hoja seca que arrebata el viento.

Dudo..., temo..., vacilo.... en mi cabeza

siento arder un volcán.... muevo la planta

sin voluntad, y humilla mi grandeza

un no sé qué de grande que me espanta.

3615

(Un momento de pausa.)

¡Jamás mi orgullo concibió que hubiere nada más que el valor...! Que se aniquila el alma con el cuerpo cuando muere creí..., mas hoy mi corazón vacila.

¡Jamás creí en fantasmas...! ¡Desvaríos!

3620

Mas del fantasma aquel, pese a mi aliento,

los pies de piedra caminando siento,

por doquiera que voy, tras de los míos.

¡Oh! Y me trae a este sitio irresistible,

misterioso poder...

(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de DON GONZALO.)

¡Pero qué veo!

3625

¡Falta de allí su estatua...! Sueño horrible,

déjame de una vez... No, no te creo.

Sal, huye de mi mente fascinada,

fatídica ilusión..., estás en vano

con pueriles asombros empeñada

3630

en agotar mi aliento sobrehumano.

Si todo es ilusión, mentido sueño,

nadie me ha de aterrar con trampantojos;

si es realidad, querer es necio empeño

aplacar de los cielos los enojos.

3635

No: sueño o realidad, del todo anhelo

vencerle o que me venza; y si piadoso

busca tal vez mi corazón el cielo,

que le busque más franco y generoso.

La efigie de esa tumba me ha invitado 3640

a venir a buscar prueba más cierta

de la verdad en que dudé obstinado...

Heme aquí, pues comendador, despierta.

(Llama al sepulcro del COMENDADOR.-Este sepulcro se cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior DON JUAN CENTELLAS y AVELLANEDA. -En vez de las guirnaldas que cogían en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etcétera. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena.-Al cambiarse este sepulcro, todos los demás se abren y dejan paso a las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios. Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena-La tumba de DOÑA INÉS permanece.)

Escena II

DON JUAN, la ESTATUA de DON GONZALO, las SOMBRAS

ESTATUA. Aquí me tienes, don Juan,

y he aquí que vienen conmigo 3645

los que tu eterno castigo

De Dios reclamando están.

JUAN. ¡Jesús!

ESTATUA. ¿Y de qué te alteras,

si nada hay que a ti te asombre,

y para hacerte eres hombre 3650

plato con sus calaveras?

JUAN. ¡Ay de mí!

ESTATUA. Qué, ¿el corazón

te desmaya?

JUAN. No lo sé;

concibo que me engañé; 3655

no son sueños..., ¡ellos son!

(Mirando a los espectros.)

Pavor jamás conocido

el alma fiera me asalta,

y aunque el valor no me falta,

me va faltando el sentido.

ESTATUA. Eso es, don Juan, que se va 3660

concluyendo tu existencia,

y el plazo de tu sentencia

está cumpliéndose ya.

JUAN. ¡Qué dices!

ESTATUA. Lo que hace poco

que doña Inés te avisó, 3665

lo que te he avisado yo,

y lo que olvidaste loco.

Mas el festín que me has dado

debo volverte, y así

llega, don Juan, que yo aquí 3670

cubierto te he preparado.

JUAN. ¿Y qué es lo que ahí me das?

ESTATUA. Aquí fuego, allí ceniza.

JUAN. El cabello se me eriza.

ESTATUA. Te doy lo que tú serás. 3675

JUAN. ¡Fuego y ceniza he de ser!

ESTATUA. Cual los que ves en redor

en eso para el valor,

la juventud y el poder.

JUAN. Ceniza, bien; ¡pero fuego!

3680

ESTATUA. El de la ira omnipotente,

do arderás eternamente

por tu desenfreno ciego.

JUAN. ¿Conque hay otra vida más

y otro mundo que el de aquí? 3685

¿Conque es verdad, ¡ay de mí!,

lo que no creí jamás?

¡Fatal verdad que me hiela

la sangre en el corazón!

Verdad que mi perdición 3690

solamente me revela.

¿Y ese reló?

ESTATUA. Es la medida

de tu tiempo.

JUAN. ¡Expira ya!

ESTATUA. Sí; en cada grano se va

un instante de tu vida. 3695

JUAN. ¿Y esos me quedan no más?

ESTATUA. Sí.

JUAN. ¡Injusto Dios! Tu poder

me haces ahora conocer,

cuando tiempo no me das

de arrepentirme.

ESTATUA. Don Juan,

3700

un punto de contrición

da a un alma la salvación

y ese punto aún te le dan.

JUAN. ¡Imposible! ¡En un momento

borrar treinta años malditos

3705

de crímenes y delitos!

ESTATUA. Aprovéchale con tiento,

(Tocan a muerto.)

porque el plazo va a expirar,

y las campana doblando

por ti están, y están cavando

3710

la fosa en que te han de echar.

(Se oye a lo lejos el oficio de difuntos.)

JUAN. ¿Conque por mí doblan?

ESTATUA. Sí.

JUAN. ¿Y esos cantos funerales?

ESTATUA. Los salmos penitenciales,

que están cantando por ti.

3715

(Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro.)

JUAN. ¿Y aquel entierro que pasa?

ESTATUA. Es el tuyo.

JUAN. ¡Muerto yo!

ESTATUA. El capitán te mató

a la puerta de tu casa.

JUAN. Tarde la luz de la fe 3720

penetra en mi corazón,

pues crímenes mi razón

a su luz tan sólo ve.

Los ve... con horrible afán

porque al ver su multitud 3725

ve a Dios en la plenitud

de su ira contra don Juan.

¡Ah! Por doquiera que fui

la razón atropellé,

la virtud escarnecí 3730

y a la justicia burlé,

y emponzoñé cuanto vi.

Yo a las cabañas bajé

y a los palacios subí,

y los claustros escalé;

3735

y pues tal mi vida fue,

no, no hay perdón para mí.

¡Mas ahí estáis todavía

(A los fantasmas.)

con quietud tan pertinaz!

Dejadme morir en paz

3740

a solas con mi agonía.

Mas con esta horrenda calma,

¿qué me auguráis, sombras fieras?

¿Qué esperan de mí?

(A la estatua de DON GONZALO.)

ESTATUA. Que mueras

para llevarse tu alma.

3745

Y adiós, don Juan; ya tu vida

toca a su fin, y pues vano

todo fue, dame la mano

en señal de despedida.

JUAN. ¿Muéstrasme ahora amistad?

3750

ESTATUA. Sí: que injusto fui contigo,

y Dios me manda tu amigo

volver a la eternidad.

JUAN. Toma, pues.

ESTATUA. Ahora, don Juan,

pues desperdicias también 3755

el momento que te dan,

conmigo al infierno ven.

JUAN. ¡Aparta, piedra fingida!

Suelta, suéltame esa mano,

que aún queda el último grano 3760

en el reloj de mi vida.

Suéltala, que si es verdad

que un punto de contrición

da a un alma la salvación

de toda una eternidad, 3765

yo, Santo Dios, creo en Ti:

si es mi maldad inaudita,

tu piedad es infinita...

¡Señor, ten piedad de mí!

ESTATUA. Ya es tarde.

(DON JUAN se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van a abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de DOÑA INÉS y

aparece ésta. DOÑA INÉS toma la mano que DON JUAN tiende al cielo.)

Escena III

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO DOÑA INÉS, SOMBRAS, etc.

INÉS.	¡No! Heme ya aquí,	3770
	don Juan mi mano asegura	
	esta mano que a la altura	
	tendió tu contrito afán,	
	y Dios perdona a don Juan	
	al pie de la sepultura.	3775
JUAN.	¡Dios clemente! ¡Doña Inés!	
INÉS.	Fantasmas, desvaneceos:	
	su fe nos salva, volveos	
	a vuestros sepulcros, pues.	
	La voluntad de Dios es	3780
	de mi alma con la amargura	
	purifiqué su alma impura,	
	y Dios concedió a mi afán	
	la salvación de don Juan	
	al pie de la sepultura.	3785

JUAN. ¡Inés de mi corazón!

INÉS. Yo mi alma he dado por ti,

y Dios te otorga por mí

tu dudosa salvación.

Misterio es que en comprensión 3790

no cabe de criatura:

y sólo en vida más pura

los justos comprenderán

que el amor salvó a don Juan

al pie de la sepultura.

Cesad, cantos funerales

(Cesa la música y salmodia.)

callad, mortuorias campanas

(Dejan de tocar a muerto.)

ocupad, sombras livianas,

vuestras urnas sepulcrales

(Vuelven los esqueletos a sus tumbas, que se cierran.)

volved a los pedestales,

3800

3795

animadas esculturas;

(Vuelven las estatuas a sus lugares.)

y las celestes venturas

en que los justos están,

empiecen para don Juan

en las mismas sepulturas.

3805

(Las flores se abren y dan paso a varios angelitos que rodean a DOÑA INÉS y a DON JUAN, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana, se ilumina el teatro con luz de aurora. DOÑA INÉS cae sobre un lecho de flores, que quedará a la vista en lugar de su tumba, que desaparece.)

Escena última

DOÑA INÉS, DON JUAN, LOS ÁNGELES

JUAN. ¡Clemente Dios, gloria a Ti!

Mañana a los sevillanos

aterrará el creer que a manos

de mis víctimas caí.

Mas es justo: quede aquí

3810

al universo notorio

que, pues me abre el purgatorio

un punto de penitencia,

es el Dios de la clemencia

el Dios de Don Juan Tenorio.

3815

(Cae DON JUAN a los pies de DOÑA INÉS, Y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.)